

CAPÍTULOS GRATUITOS

Accidentado viaje a Maui

Antonia Serrano

NOTA DE LA AUTORA

Estaba siendo un año muy triste para mí, trataba sin éxito de superar la muerte de mi marido, que nos había dejado hacía solo nueve meses después de tres años de sufrimiento. Totalmente dependiente y con una movilidad reducida del 90 %, en diciembre de 2014, dos días después de Navidad, la Navidad más triste de mi vida, fallecía Francisco tras una larga y dolorosa enfermedad.

En aquellos momentos, más que nunca, echaba de menos a mi hija y a mis nietos, que viven en Australia y a los que hacía tres años que no veía. Pero como Dios nunca nos abandona, tenía a María, mi otra hija, y a Xavi, su marido, un claro exponente que desmiente que las relaciones entre yerno y suegra no pueden ser buenas. Nuestra relación no solo es buena, es excelente y rompe así el mito negativo entre este parentesco. Como yerno, le doy a Xavi una nota de diez.

Cuando María me propuso acompañarla a Maui, y tras las dudas iniciales, empecé a ilusionarme con ese viaje que en mi juventud nunca me hubiera atrevido a soñar. En aquellos tiempos, la gente viajaba muy poco, o casi nada; Hawái era un paraíso lejano e inalcanzable que ahora tenía la oportunidad de visitar, era un sueño hecho realidad.

Nunca pensé que el que creía que iba a ser el mejor viaje de mi vida, sería el peor y se convertiría en una verdadera pesadilla. Pero como persona positiva que soy, a las situaciones malas intento buscarles algo positivo, porque ninguna situación buena o mala lo es al 100 %. Al igual que al final de un doloroso parto, te ves recompensada con el

nacimiento de tu hijo; tras mi accidentado viaje a Maui, nació este libro, que de haber sido el maravilloso viaje que yo soñé, nunca hubiera visto la luz.

PLANEANDO EL VIAJE

Sentados en la mesa del fondo, a la izquierda, al lado de la ventana, como cada sábado, esperábamos a Carmen que nos trajera la carta con los diferentes menús. Carmen, alta, delgada, con el cabello gris muy corto y un aspecto elegante y juvenil, andaba con presteza de una mesa a otra, con su habitual amabilidad, atendiendo a sus incondicionales clientes.

L'Asvet es un entrañable restaurante, situado en una estrecha callejuela del centro de la Garriga, que siempre está lleno. Por lo que es imposible encontrar mesa libre si no se reserva con antelación, de lo que se encargaba Xavi cada sábado por la mañana. El secreto de su éxito es una exquisita cocina mediterránea tradicional, elaborada con productos de primera calidad, un precio asequible y un agradable trato familiar. Este pequeño y acogedor restaurante, regentado por Carmen y Hermenegil, su marido, magnífico cocinero con un largo bagaje adquirido a lo largo de los años trabajando en los mejores restaurantes de la zona, cuenta con una legión de incondicionales clientes, que más que clientes son amigos, con los que coincidimos semanalmente.

Desde que murió mi marido, los fines de semana siempre voy con María y Xavi a L'Ametlla del Vallés, donde tienen un chalet con un bonito jardín y piscina, en el que se desconectan durante los fines de semana del trajín y el estrés de Barcelona. Y donde yo, amante de la jardinería, tengo la oportunidad de ejercer mi afición plantando y trasplantando flores de temporada, y cultivando algunas hortalizas en un pequeño huerto.

Terrassa, donde vivo, es una ciudad con una gran oferta lúdica, cultural y artística en la que estoy totalmente integrada. Soy socia del Centro Cultural Amics de les Arts, donde cuento con numerosos amigos, entre ellos, algunos escritores, músicos y pintores de ambos sexos. A los que nos gusta el dibujo y la pintura, los miércoles contamos con dos magníficas modelos, que se alternan en posar para los socios. Una es delgada, atlética y musculada, la otra tiene un cuerpo más redondeado, de generosas curvas, lo que nos permite plasmar dos tipos diferentes de la belleza del cuerpo femenino. Ambas son geniales. También formo parte de una coral. Además, siempre hay eventos a los que acudir: canto coral, teatro, cine, *jazz*, exposiciones de pintura y escultura, de fotografía, presentación de libros, excursiones... Pero el fin de semana me gusta romper con la rutina y cambiar de escenario. Hace años que no conduzco; desde que dejamos de ir a Australia por la enfermedad de mi marido, deje de renovar el carné de conducir. Durante los ocho años que estuvimos yendo a Australia, de mayo a octubre, sí conducía, porque allí se vive en la periferia y los comercios y servicios están en el centro, por lo que es necesario el coche. Además, nosotros vivíamos al lado del mar y Laura, mi hija, del lado opuesto, a más de una hora a pie, y como allí se conduce por la izquierda, nos compramos un coche automático, porque el cambio de marchas con la mano izquierda no se me daba bien. Pero en Terrassa no lo necesito, porque me desplazo a pie a todos sitios y me mantiene en forma, ahorro dinero y colaboro con la reducción de la contaminación. Así que cada viernes cojo el tren en la estación Naciones Unidas, que está a cinco minutos de casa, y en cuarenta y cinco minutos estoy en Barcelona. Bajo en la estación de Gracia y camino unos cinco minutos hasta Balmes, esquina con Plaza Molina, donde viven Xavi y María. Y, después de cenar, cuando el tráfico es más fluido, nos vamos hacia L' Ametlla, donde dormimos de maravilla. Sin los ruidos de la ciudad, que se incrementan los fines de semana con los jóvenes que salen de marcha y arman gran escándalo en la vía pública, impidiendo el descanso de los ciudadanos. A esto hay que sumarle los miles de turistas que invaden Barcelona todo el año.

Barcelona, la bella Ciudad Condal catalana, tranquila y amable en el pasado, desde los juegos olímpicos en que se dio a conocer a nivel mundial, se ha transformado en un parque temático. No importa en qué estación nos encontremos, todo el año está invadida por turistas de todas las nacionalidades, que vienen atraídos por su riqueza cultural, sus bellos edificios, sus playas y su gastronomía. Lo que la ha convertido en una ciudad ruidosa y estresante para vivir. Por lo que en L'Ametlla hemos encontrado nuestro remanso de paz los fines de semana, donde además disfrutamos de otros sencillos placeres.

Los sábados por la mañana, después de desayunar, Xavi reserva mesa para los tres en L'Asvet, y nos vamos a un interesante mercadillo situado en el mismo centro de la Garriga, en la plaza de la iglesia y las calles adyacentes, donde se puede encontrar de todo: ropa, calzado, menaje, plantas, flores, y una interesante parada de abalorios para confeccionar collares, pulseras y pendientes. El lugar está regentado por una encantadora pareja, Andrés y Rosa, su mujer. Además, cuentan con originales piezas de materiales nobles, montadas artesanalmente por ellos mismos con exquisito gusto. Allí, María se abastece de piedras semipreciosas y otros materiales con los que confecciona bonitas y originales joyas para regalar a amigas y familiares, y que nosotras lucimos en exclusiva. Justo al lado está la parada donde compramos un buenísimo pan de payés y una riquísima coca de naranja o de chocolate. En la misma calle, frente a las paradas de flores y plantas, está el vagón caravana de los pollos asados, donde siempre hay cola, pues son ¡buenísimos!, y la tienda caravana de los extremeños, con una excelente variación de embutidos ibéricos, quesos, vinos y aceitunas. En la calle paralela, a la derecha de la bonita Iglesia de St. Esteve, de estilo barroco, que se empezó a construir en 1686 y fue abierta al culto en 1737, cuando aún no estaba totalmente acabada, hay gran cantidad de paradas de frutas y verduras, y también están las de los payeses locales que te ofrecen sus productos ecológicos, frutas, hortalizas, miel, huevos... y, una vez al mes, viene una pareja joven de Tarragona que trae productos de la zona: excelente vino del priorato, con cuerpo, para combinar con carnes y quesos; vermut y vinagre de la zona, avellanas, almendras, nueces y las riquísimas tortitas de avellanas y chocolate de Falset. Nos encanta el ambiente que se respira en ese colorido y bullicioso mercado de vendedores ambulantes, gente sencilla y amable.

Después de nuestro recorrido por el mercadillo, compramos unas revistas muy críticas con el mundo del famoseo, con las que disfrutamos criticando la estética de los famosos, que ya no saben qué hacer para ser originales y, a veces, se les va la olla con unos estilismos imposibles. Tomamos el aperitivo en el bar de la plaza, mientras ojeamos las revistas y hacemos tiempo para el primer turno en L'Asvert. De camino al restaurante, nos acercamos a mirar la cartelera del Cinema Alhambra, construido en 1913. Esta sala, recientemente restaurada, conserva el encanto de los antiguos cines de pueblo, y ofrece una programación muy interesante. Además de proyectar los últimos estrenos, reponen también emblemáticas películas antiguas en versión original. En estos casos, son presentadas por expertos críticos de cine de la época, que te explican los pormenores de los rodajes y la relación que había entre actores y actrices, que no siempre era buena. Todo por 7,50 euros la entrada, con programación doble. Si lo que ponen nos gusta, a la tarde, después de una siestecita y un refrescante baño, nos vamos al cine.

Los domingos por la mañana hacemos largos recorridos por los bosques de los alrededores, en los que Xavi, como guía experto, busca nuevas y preciosas rutas que hacen más amenas nuestras caminatas. Mi ruta preferida es un camino circular de dos horas, que sigue el caudal del río Tenes, que es bastante caudaloso y tiene preciosos saltos de agua que forman pequeñas cataratas. Seguimos el cauce del río y dejamos atrás La Font de la Figuera, hasta llegar a Ca l'Unyó, a dos kilómetros del bonito pueblo de Biges i Riells. En otoño, cuando el suelo se alfombra con las hojas caducas de los árboles, las orillas del Tenes están cubiertas de flores amarillas parecidas a los crisantemos, que añaden más belleza, si cabe, al colorido bosque. En primavera, a ambos lados del camino, los verdes prados de esta ruta se visten de rojo y se cubren de amapolas, de las que hago acopio para hacer infusiones que me ayudan a dormir. También recojo moras, madroños, hinojo, tomillo y otras hierbas aromáticas.

A la vuelta, nos dábamos un refrescante baño en la piscina, y tomábamos un aperitivo sentados en el jardín, bajo una enorme acacia que nos protegía con su sombra. Por su grueso tronco, sube un rosal trepador de pitiminí que se enreda en sus ramas, y le presta sus pequeñas rosas rosadas, que se mezclan con sus propias flores blancas en perfecta armonía, sin rivalidad. El jardín linda con un bosque de enormes encinas y acacias, donde abundan mirlos, ruiseñores, petirrojos, oropéndolas, golondrinas, arrendajos, urracas, entre otros, y forman una maravillosa orquesta. Los ruiseñores, oropéndolas y golondrinas nos obsequian sus musicales trinos; las urracas y arrendajos, sus estridentes graznidos y las palomas, sus monótonos ronroneos. En esa orquesta, cada uno toca su instrumento.

Como buena aficionada que soy a la jardinería, paso largas horas plantando, podando y arreglando el jardín y el huerto, por lo que, a veces, vuelvo a casa con las manos llenas de arañazos de los rosales y las uñas negras por no usar guantes. María siempre me dice que no sabe de dónde saco tanta energía, pues la verdad es que no paro, pero esto me mantiene distraída y en forma.

En L'Asvert, Carmen, desde el primer día, nos adjudicó la mesa del fondo a la izquierda, al lado de la ventana. Era como si nos perteneciera, habíamos adquirido unos derechos sobre ella. No podía imaginarme en ninguna otra y no soportaría que otros comensales la ocuparan, era nuestra mesa.

Mientras esperábamos a que Carmen nos trajera la carta con los menús, María, de repente, me preguntó:

—¿Mamá, quieres venir a Maui?

—¿Qué? —contesté sorprendida.

—Que si quieres venir a Maui. Tengo que ir en noviembre para la reunión anual de la compañía, y he pensado que podrías venir conmigo.

—¿Y Xavi? —pregunté.

Esas reuniones anuales suelen hacerse cada año en un país diferente, aunque este era el segundo año que se celebraba en Hawái. Xavi es quien suele acompañarla durante esos viajes, y de paso se toman unos días extra para explorar la zona y visitar los lugares de más interés.

—Esta vez no puede venir, está muy liado, tiene mucho trabajo que no puede posponer ni delegar, y le es imposible cogerse unos días.

—Bueno, ya lo pensaré —dije sin demasiado entusiasmo.

—No sé qué tienes que pensar, mamá, te conviene salir y distraerte un poco, estás demasiado sola.

—Sí, pero si tú vas por trabajo, yo voy a estar sola igualmente.

—Trabajaré tan solo tres o cuatro días, y únicamente por la mañana. Mira, mamá, vamos al Hotel Andaz, es precioso y de súper lujo, tiene gimnasio con clases de yoga, pilates y masajes, también tiene varias piscinas y playa privada. Por la mañana, puedes hacer algunas actividades mientras yo trabajo, así puedes relacionarte y mejorar tu inglés, que lo estás perdiendo por no practicarlo. Además, como vienen Cristina y Michael, por la tarde, cuando acabemos de trabajar, podemos salir a pasear e ir a cenar los cuatro. ¿Qué te parece?

Yo seguía sin verlo claro, un viaje tan largo para solo tres o cuatro días no valía la pena.

—No sé, me parece un viaje demasiado largo y caro para tan pocos días, no nos va a dar tiempo de ver nada.

—Ya he pensado en eso, puedo coger diez días de vacaciones para que podamos explorar un poco la isla. Visitar Lahaina, hacer el camino de Hana, subir a Haleakala (uno de los volcanes inactivos más grande del mundo), desde donde se puede ver un

espectacular amanecer o puesta de sol. También podemos visitar Molokai, me ha dicho una amiga dermatóloga que hay una leprosería en la que todavía viven leprosos ya curados a los que se los puede visitar. Aunque quizás no podamos hacerlo porque no se los puede ir a ver sin una invitación, ya que hay que pedirla con antelación. En caso de conseguir la invitación, el camino hay que hacerlo en burros o mulos. ¿Te atreves a una aventura así? Tú siempre has sido muy atrevida.

—Parece interesante, ¡vaya aventura a mis años!

De pequeña habíamos vivido en un cortijo y mi hermana y yo montábamos en burro a pelo, sin aparejo, pero de eso hace mil años, espero que sea como ir en bicicleta que, una vez que has aprendido, no se olvida.

—Pero ese hotel es carísimo, y la empresa solo paga los días de trabajo.

—Claro, pero cuando acabe el trabajo podemos ir a un *bed and breakfast* o alquilar un apartamento. Si me dices que sí, yo lo arreglo todo, tú no te preocupes. ¿Te animas?

¡Por qué no!, pensé. Me gusta viajar y hace años que no voy a ningún sitio, cuatro, exactamente. Durante los tres años que mi marido estuvo enfermo, yo permanecí, como quien dice, en arresto domiciliario; él era totalmente dependiente y no podía dejarlo solo, las únicas salidas que hacíamos eran al hospital. Desde que murió, no viajo porque no me apetece hacerlo sola. Pero ahora con María era distinto, y Cristina y Michael son encantadores.

—Bueno, ¿qué me dices?, que tengo que sacar los billetes de avión con antelación.

En aquel momento vino Carmen a tomar nota de nuestro menú. María pidió revoltillo de espárragos y pies de cerdo, a pesar de que siempre había dicho que no le gustaban; desde que probó los de L'Asvet, cuando estaban en el menú, los pedía. Xavi pidió ensalada verde y entrecot a la pimienta, y yo, parrillada de verduras y pollo a la naranja. Para Xavi y para mí, vino tinto, como siempre, y para María, su cóctel, como ella lo llama, agua con gas y limón. Tras tomar nota, nos trajo unos entrantes para ir abriendo boca: aceitunas, buñuelos de bacalao, croquetas de jamón y caracoles.

—Vale, pues sí. Tú y Cristina iréis en *Business*, paga la empresa. Yo iré en turista con Michael.

—No, no viajaremos juntos, a Cristina le quedan días de las vacaciones del verano y se irán antes, quieren pasar unos días en San Francisco. También saldrán una semana después

que nosotras, Cristina me dijo que querían bucear y hacer *snorkel* en los arrecifes de coral de Molokini, donde abundan variedad de peces y las tortugas verdes endémicas de Hawái.

—Esto lo complica un poco, ya que tendré que viajar sola porque tú vas en *Business* y yo en turista.

—No necesariamente; hace tiempo que no vas a ningún sitio, puedes permitirte un pasaje en *Business*. ¿Para qué sirve el dinero?

A mí, que nací en la posguerra y con una mentalidad de hormiguita, me dolía pagar tanto dinero por un billete de avión, pero no me apetecía hacer un viaje tan largo separadas, y pensé que podía darme un lujo después de todo lo sufrido. Cuando yo era joven, no se viajaba tanto, y hacerlo en avión era todo un lujo aunque fuera en turista. Mi marido, que hizo el servicio militar en Palma de Mallorca, en nuestra época de novios volaba cada mes a la península para verme, le servían gratis la prensa y cualquier bebida que pidiera, incluso *whisky*. Ahora, en los vuelos de clase turista, si no son de largo recorrido, no te sirven ni agua. Y menos en los vuelos *low cost*, que realmente no son tan baratos porque te cobran tasas extras por todo. Con la masificación en los aeropuertos y los controles de seguridad, estos viajes se han convertido en un infierno, es como viajar en metro en hora punta. Aunque los controles son ineludibles, podríamos evitarnos la incomodidad de las atestadas salas de espera comunes, utilizando las salas que los viajeros de *Business* tienen a su disposición. Siempre había viajado en turista, esta vez sería diferente, quería que fuera un viaje inolvidable y volver a sentir el lujo de viajar en avión de hace cincuenta años.

—De acuerdo, voy a tirar la casa por la ventana. Saca los billetes antes de que me arrepienta —le dije a María, mientras atacaba los buñuelos de bacalao que estaban riquísimos.

—Muy bien, Toni —dijo Xavi, que hasta entonces había permanecido callado degustando sus deliciosos caracoles. —Me alegro de que te hayas decidido, os lo pasaréis muy bien, ya lo verás. Os marcaré los sitios de más interés, sobre todo, no dejéis de hacer el camino de Hana, os encantará.

A partir de aquel momento, empecé a ilusionarme con el viaje: Hawái, las exóticas y paradisíacas islas del Pacífico tantas veces recreadas en las películas de Elvis Presley en los años sesenta. *Rebelión a bordo*, protagonizada por Marlon Brando, también estaba ambientada en aquel paraíso lejano de gente amable y acogedora, que les daban la bienvenida

a sus visitantes con un collar de flores y un *Aloha* como hola y adiós. De clima suave e inmensas playas de arena blanca y aguas cristalinas con las que tanto había soñado en mi juventud y que ahora tenía la oportunidad de visitar. Era un sueño.

En cuanto llegué a casa, abrí el ordenador para buscar todo tipo de información sobre Maui, la segunda isla más grande del archipiélago hawaiano y también la más bonita, con una superficie de 1880 km² y la tercera más poblada. Esta isla lleva el nombre del semidiós Maui, que, según la leyenda, creó el archipiélago de Hawái sacando las islas del fondo del mar.

En 1790, el rey Kamelameha I de Hawái llegó a Maui y estableció su residencia en Lahaina, que pasó a ser la capital de la isla. Más tarde, en 1831, llegaron los misioneros que enseñaron a la población a leer y a escribir, y crearon el alfabeto hawaiano de doce letras. Establecieron una imprenta y empezaron a poner por escrito la historia de las islas, que hasta entonces se había transmitido de forma oral.

Entré en la página web del Hotel Andaz, en Vailea, una de las zonas más bonitas y exclusivas de Maui. Era enorme y lujoso, con acceso directo a una playa privada, donde había hamacas, toallas y refrescos. Las habitaciones eran enormes, con baños de súper lujo y amplias terrazas, desde donde se podían contemplar las maravillosas puestas de sol sobre el mar, y los preciosos jardines que lo rodeaban, alfombrados de verde y brillante césped, con palmeras, hibiscos y perfumadas plumarias.

Disponía también de gimnasio, *spa* y servicio de transporte de lujo gratuito para llevar a sus clientes al centro o al aeropuerto. María tenía razón, el lugar era idílico, un paraíso. Además, la compañía daba una recepción de bienvenida a los altos ejecutivos y a sus acompañantes que acudían al evento desde distintos países. Me sentía como una estrella de cine en vísperas de la ceremonia de los Óscar. Visitar las paradisíacas islas hawaianas y codearme con gente tan importante era un sueño. Quería estar radiante, me compraría un bonito vestido para la ocasión, tenía que estar a la altura de las circunstancias.

La fiesta de bienvenida era la noche de nuestra llegada. Para la noche siguiente, y solo para los ejecutivos, habían organizado una cena de gala en un catamarán para contemplar la puesta de sol en altamar. María, siempre en contacto con ellos, me dijo que una de las esposas de los ejecutivos iba a organizar una cena para los acompañantes a la que, por supuesto, yo acudiría con Michael. Eso me hacía especial ilusión, sería interesante compartir una velada con gente de distintas edades y culturas, al tiempo que me daba la

oportunidad de hablar inglés, que lo tenía un poco oxidado por la falta de práctica. Seguro que yo sería la mayor del grupo, pero no me importaba, siempre me he sentido muy bien entre la gente más joven, porque mi edad cronológica no coincide con mi edad mental.

Empecé a ilusionarme con el viaje, y, aprovechando las rebajas de verano, me fui de compras. Además del precioso vestido que me compré para la recepción, me compré otro menos llamativo para la cena, un par de trajes de baño, un pareo, ropa y calzado cómodo para las excursiones. Nos iríamos el primero de noviembre, caía en domingo; mi cumpleaños era el día siete, por lo que iba a cumplir mis setenta y dos años en Hawái, y ese viaje sería mi autorregalo de cumpleaños.

El tiempo es nuestro peor enemigo, porque, a partir de una edad, no corre, sino que vuela. A veces se convierte en nuestro mejor aliado al ser el mejor bálsamo para restañar las heridas del corazón que deja la pérdida de un ser querido.

Ya había pasado casi un año de la muerte de mi marido, y, aunque siempre lo tenía presente, el desgarrador dolor del principio iba dando paso a la aceptación y a los bellos recuerdos vividos a su lado durante casi cincuenta años. ¡Cincuenta años!, y parece que fue ayer cuando, a punto de cumplir los veinte años, subí al autobús de la compañía Sarbús, que cubría el trayecto Cerdanyola del Vallés - Barcelona. Aquel año me había matriculado en la prestigiosa Escuela Massana para cursar estudios de arte, y, al subir al autobús de regreso a casa, vi al chico más guapo del mundo. Era el dios Apolo hecho hombre: alto y corpulento, de movimientos felinos pero varoniles, tenía mucha clase y vestía con elegancia. De repente, parecía como si todos los demás viajeros del autobús hubieran desaparecido, solo lo veía a él. Fue lo que se dice amor a primera vista. A él debió pasarle lo mismo, ya que no me quitaba los ojos de encima. Yo de vez en cuando lo miraba y, al encontrarme con sus ojos fijos en mí, ruborizada, desviaba la vista hacia otro lado. A partir de ese día, nuestras vidas quedarían unidas para siempre. Cada noche al salir de la Escuela Massana, esperaba con ilusión coger el autobús para verlo, y él nunca faltó a mi cita mental.

Era el mes de septiembre de 1963 cuando conocí a Francisco, mi marido, que, además de las cualidades físicas ya mencionadas, completaba su gran atractivo con una voz grave, cálida y bien modulada. Como en aquellos tiempos casi nadie tenía coche, todos utilizábamos el transporte público, al que siempre estaré agradecida porque gracias a eso lo conocí.

Cada noche, al salir de la Escuela Massana, subía andando hasta la Plaza de Cataluña, donde cogía el metro hasta San Andrés para coger al último autobús de la noche de regreso a casa. Francisco, que estaba en el último año de la carrera y alternaba con un trabajo de media jornada en la ciudad, a veces también lo cogía. Hacía un año que sus padres se habían trasladado a Cerdanyola del Vallés, donde él no acababa de adaptarse. Barcelona era su ciudad, allí había nacido, vivido su niñez, su adolescencia, y en la actualidad era donde estudiaba y trabajaba, y donde tenía a todos sus amigos y una activa vida social. Fiestas con compañeros y compañeras de la facultad, sesiones de cine y teatro, y, sobre todo, conciertos. Era un gran aficionado a la música y no se perdía ningún concierto del Palau, sobre todo si era de Beethoven, su compositor favorito.

Cerdanyola, en los años sesenta, era un precioso pueblo muy tranquilo, donde apenas había ofertas lúdicas y culturales. Su actividad principal era la agricultura, tenía pequeños comercios familiares y alguna fábrica. La más importante era la Uralita, que cesó su actividad en 1997. Con espectaculares casas señoriales habitadas solo en verano, donde pasaban sus vacaciones las familias ricas de Barcelona, o, mejor dicho, las esposas con los niños y las criadas, porque los maridos, con la excusa del trabajo, permanecían en la ciudad con sus amantes y solo iban los fines de semana a ver a la familia.

Francisco, acostumbrado a la ciudad, solo iba una o dos veces por semana a Cerdanyola para ver a sus padres, y se quedaba el resto del tiempo en casa de su tía, que tenía hijos de su misma edad con los que tenía muy buena relación al haber vivido en el mismo barrio desde pequeños. Pero desde el día que me vio en el autobús, lo cogía a diario. Así empezó nuestra historia de amor que duró cincuenta años, y que seguirá viva en mi corazón para siempre.

Si cincuenta años habían pasado como un soplo, qué serían tres meses. Antes de que me diera cuenta, ya estaríamos volando hacia Maui. Una semana antes ya tenía hechas las maletas y el día anterior de nuestra partida, dormí en Barcelona en casa de Xavi y María, pues nuestro vuelo salía temprano. María estaba muy nerviosa, tenía un mal presentimiento, no le gustaba viajar vía Londres, sobre todo, en invierno. Más de una vez había perdido las conexiones con otros vuelos debido a la perpetua niebla londinense, pero cuando compró los billetes, no había otra opción. Yo no soy de las que se preocupan de antemano por lo que pueda ocurrir, pienso como los ingleses, que no hay que cruzar el puente antes de llegar a él. Aunque, en este caso, los temores de María estaban justificados, y sus presentimientos eran tan certeros como los de los pacientes de reuma para predecir la lluvia.

El vuelo AA 6289 operado por British Airways tenía su salida a las 7:30 h de la mañana en la terminal 1 del aeropuerto del Prat de Barcelona, con llegada al aeropuerto de Heathrow, Londres a las 9:15 h. A las 11:40 h teníamos la conexión con el vuelo AA 0109 de American Airlines, con llegada prevista a las 14:55 hora local al Aeropuerto Internacional de Los Ángeles, donde tomaríamos el vuelo AA 0161 de American Airlines, con llegada al aeropuerto de Kahului en Maui a las 21:13 hora local. Debido a los cambios de horario, llegábamos a nuestro destino el mismo primero de noviembre, donde se nos daba una recepción de bienvenida. A pesar del largo viaje, llegaríamos descansadas gracias a la clase *Business* que nos permitiría dormir con comodidad.

Aunque era temprano y no era temporada alta, el aeropuerto del Prat estaba desbordado. Tras facturar las maletas, nos fuimos a la sala Business a desayunar y tomarnos un estimulante café que acabaría de despertarnos. Dicha sala ofrecía un abundante y variado bufé: bollería, pastelería, bocadillos y platos calientes, así como una extensa variedad de bebidas calientes y frías: chocolate, café, diferentes clases de té y zumos de frutas. Yo tomé un croissant y un café con leche. ¡Qué diferencia!, pensé mientras desayunábamos en un ambiente tranquilo y relajado, en vez de estar en los atestados cafés de las salas de espera comunes. Y después, hasta la hora del embarque, esperaríamos leyendo la prensa, ojeando alguna revista o conectadas a internet, cómodamente, en vez de hacerlo en los incómodos asientos de la sala de espera, compartiendo espacio con cientos de viajeros ruidosos. ¡Qué bien viven los ricos!, pensé. Hay cosas que no se pueden comprar con dinero, pero la comodidad sí. Al fin y al cabo, el dinero solo tiene ese objetivo; todo lo que se puede comprar con dinero, si se puede pagar, resulta barato.

Yo andaba absorta en el laberinto de mis pensamientos, cuando la megafonía anunciaba el retraso de nuestro vuelo debido a la niebla que cubría el cielo de Londres.

—Ya empezamos —dijo María—, lo que me temía, perderemos la conexión.

—Espero que no —contesté—, tenemos más de dos horas de margen.

—Dos horas no son nada, la niebla puede durar toda la mañana.

—En ese caso, nos ubicarán en otro vuelo.

—El problema es que si perdemos la conexión con Los Ángeles, perderemos también la conexión con Maui.

—Bueno, no adelantemos acontecimientos. Además, si no pueden aterrizar vuelos por la niebla, tampoco podrán despegar, con lo que es posible que también se retrase el vuelo de American Airlines con destino a Los Ángeles, lo único es que llegaremos algo más tarde y nos perderemos la recepción de bienvenida.

—Eso es lo de menos, ojalá tengas razón, pero desde el principio me causó mal rollo volar vía Londres, y ya sabes que mis presentimientos siempre se cumplen.

Para mí, perderme la recepción de bienvenida no era lo de menos, me había comprado un bonito vestido y me hacía mucha ilusión acudir a ese evento. Pero no dije nada para no disgustar a María que estaba bastante nerviosa. Ella es una persona muy sensitiva y, a veces, tiene premoniciones o sentimientos muy fuertes de que algo va a ocurrir, y acaba ocurriendo. Yo esperaba que esta vez se equivocara, pero no lo hizo, nuestro vuelo salió con más de dos horas de retraso, pero cabía la posibilidad de que el vuelo que teníamos que enlazar no hubiera despegado.

EMPIEZA LA PESADILLA

Cuando aterrizamos en Heathrow a las 11:45 h, la niebla de Londres se había esfumado, al igual que el avión que nos tenía que llevar a Los Ángeles, que había despegado en cuanto se disipó la niebla, con la mitad de los pasajeros a bordo porque, al igual que nosotras, muchas otras personas procedentes de distintas ciudades europeas con destino a Los Ángeles y a otras ciudades habían perdido sus conexiones. Aquello era un verdadero caos, cuarenta y cinco vuelos con distintos destinos y unos cuarenta mil pasajeros resultaron afectados por la niebla. Una marea humana, entre la que nos encontrábamos nosotras, se movía de un lado a otro en busca de información que nadie nos daba. Estábamos a la espera de que se nos ofreciera alguna información, pero en Heathrow reinaba un total desconcierto. Yo esperaba que aquella situación se normalizara y nos asignaran algún vuelo.

La gestión de British Airways fue pésima, con el resultado final de más de nueve horas de espera totalmente desatendidos. Durante las largas horas que pasamos en una cola interminable, solo se nos ofreció una botellita de agua. El desconcierto era total, American Airlines se desligó del problema. No nos ayudaron ni nos reubicaron en ningún otro vuelo después de haber pagado un pasaje *Business*, se nos trató como si viajáramos en un vuelo *low cost*, y le pasaron toda la responsabilidad a British Airways. María llamó al número de atención al cliente de Rumbo, al cual le había comprado los billetes.

—No me lo puedo creer —dijo María.

—¿Qué ocurre?

—Increíble, han desconectado las líneas telefónicas de atención al cliente.

Lo intentó con American Airlines con el mismo resultado, habían desconectado las líneas telefónicas de la compañía aérea. Nadie nos daba explicaciones, el personal del aeropuerto estaba totalmente desbordado. Finalmente, nos dijeron que nos pusiéramos en una cola para atendernos. La larguísima fila no paraba de sumar más y más gente, lo que nos sorprendió. Era imposible que todos aquellos viajeros fueran a un mismo destino y hubieran perdido el mismo vuelo, había pasajeros para veinte aviones como mínimo. Y eso que no todos los que habían perdido el vuelo estaban en la cola, como era mi caso. Yo permanecía sentada en un incómodo banco con nuestro equipaje de mano mientras María esperaba de pie en la interminable cola que apenas se movía. Por los viajeros pacientes, que resignados aguardaban ser reubicados en otros vuelos, supimos que la cola estaba formada por todos los afectados, lo que nos hizo pensar que era provisional y que nos irían dividiendo según los destinos.

Pasaban las horas y no había división de grupos para los distintos destinos, y la cola apenas avanzaba. La gente, a pesar de un comportamiento ejemplar, empezaba a ponerse nerviosa. El nerviosismo del personal del aeropuerto también iba en aumento, totalmente desbordado por la situación y temiendo que los viajeros afectados perdieran la paciencia y crearan problemas, aconsejaba a los pasajeros ir a un hotel pago por la compañía aérea y gestionar el vuelo *online*. María no lo tenía muy claro, y menos después de intentar sin éxito contactar con American Airlines y con Rumbo, ambas compañías habían cerrado todas las líneas de comunicación y no había manera de darle la vuelta a la situación. Decidimos no salir del aeropuerto. Después de cinco horas de espera y siete horas sin comer nada, empezábamos a tener hambre, no habíamos tomado nada desde el desayuno a las seis y media de la mañana en el aeropuerto del Prat de Barcelona. Si al menos hubiéramos podido esperar en la sala *Business* mientras se solucionaba el problema, habríamos podido comer algo y la espera hubiera resultado más cómoda. Nos sentíamos maltratadas; habiendo pagado una pasta por el vuelo, se suponía un trato diferente del que estábamos recibiendo. El personal del aeropuerto solo repartió unas botellitas de agua y unas barritas de cereales entre los pasajeros, que yo no acepté por no tener sed y porque odio las empalagosas barritas de cereales.

—Creo que esto va para largo —dijo María—. Sería mejor que te fueras a la sala *Business* y comieras algo.

—¿Y tú?

—Si cuando vuelves esto sigue así, me relevas y voy yo.

Heathrow es un aeropuerto enorme y mi orientación es pésima, por lo que temía extraviarme.

—Mejor ve tú, no sea caso que me pierda.

—No, es mejor que no nos alejemos de aquí, quédate en mi lugar y yo iré a una cafetería a comprar algo para las dos.

—Para mi compra *fish and chips* o *pizza*, aborrezco los blandos sándwiches ingleses de pan de molde.

Tomé el puesto de María, que tardó mucho en volver, porque, al igual que nosotras, todo el mundo se estaba aprovisionando de bocadillos y bebida. María comió un sándwich y yo una mini *pizza*, que nos supieron a gloria, a pesar de que no me gusta esta clase de comida rápida de los aeropuertos. Con razón se dice que a buena hambre no hay pan duro, nunca un refrán tuvo tanta razón como en este caso. María me contó que mientras esperaba para conseguir los bocadillos, había entablado conversación con Antonia, una joven catalana de Manresa, que trabajaba en Alemania y viajaba a Los Ángeles por trabajo. También ella viajaba en *Business* como nosotras, y le dijo, mientras esperaban el turno en la cafetería, que iban a abrir más ventanillas para atender a los viajeros de esta clase, con lo que seguramente ganaríamos tiempo. Tardaron un buen rato en formar la nueva cola, a la que nos pasamos rápidamente y ocupamos el décimo lugar; Antonia, que se unió a nosotras en la nueva cola, ocupaba el noveno. Luego quedamos en el sexto y séptimo puesto, respectivamente, ya que cuatro de las personas que había delante de nosotras pertenecían a la misma familia.

—Mamá, te presento a Antonia, la chica de la que te he hablado que también va a Los Ángeles.

Antonia era preciosa, alta, delgada, con un bonito pelo rubio recogido en una coleta alta que dejaba al descubierto su esbelto cuello. Calzaba deportivas y vestía unos *jeans* ajustados que resaltaban su elegante figura, y una camiseta roja de la universidad alemana donde había cursado sus estudios de ingeniería. Tenía un aspecto tan juvenil que costaba creer que se trataba de una alta ejecutiva, más bien parecía una estudiante de Erasmus en viaje de estudios. Tampoco su trato delataba su alta cualificación. Era simpática y sencilla, cosa rara en ese tipo de mujeres con altos cargos, que te miran por encima del hombro desde su pedestal. Sin duda, se trataba de una persona muy inteligente para ocupar un alto cargo a su edad.

—Hola, Antonia —le dije—. Soy Antonia, ¡ya ves, somos tocayas! María me ha hablado de ti y me he sorprendido al verte, creía que eras mayor; hace años que no conozco a ninguna Antonia con menos de cincuenta o sesenta años. Las modas han cambiado, y las pocas Antonias que quedamos ya somos unas carrozas. Los padres de ahora prefieren nombres más originales para sus hijos.

—Pues los míos no siguieron la moda. Y, no creas, que de tanto repetirse los nombres de moda han dejado de ser originales. Y ahora resulta que original es el nuestro, porque en España no se lo ponen a nadie. En cambio, en Alemania, donde vivo hace años, se sigue poniendo. Además, a mí me gusta mi nombre.

—Sí, a mí también, era el nombre de mi abuela y de mi madre, ya sabes, cuestión de tradición.

—En ese caso tuviste suerte, porque Antonia es un bonito nombre romano, imagínate que tu abuela se hubiera llamado Hermenegilda, Pánfila o Pascasia, o algo por el estilo, ¡ya me dirás! la pobre niña que tuviera que arrastrar un nombre así toda su vida.

Solté una sonora carcajada con el comentario de Antonia, y añadí—: Tienes razón, realmente tuve suerte.

—No es que esté en contra de las tradiciones —dijo Antonia—, ellas son parte de nuestra cultura y un vínculo que nos une con nuestros antepasados, pero sin fanatismos ni imposiciones, hay que ser flexible y huir de las posturas herméticas e inamovibles que tanto daño han causado a las familias en el pasado.

La perspectiva de que aquella pesadilla estaba llegando a su fin nos puso de buen humor e hizo que nos relajáramos. Por primera vez durante todo el día, estábamos disfrutando de una animada conversación que deseaba seguir, pero llevaba demasiado tiempo aguantando mis ganas de ir al baño por temor a extraviarme debido a mi falta de orientación.

—María, voy al baño —dije—, aventurándome a buscar una *toilette*.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, supongo que lo encontraré. —A mi edad me daba vergüenza decir que temía perderme, lo que no imaginé es que estuviera tan lejos.

Buscaría las señales luminosas con una figura femenina y otra masculina, y la palabra *toilettes*. Para no perderme, tomaría como referencia los comercios que me iría marcando el

camino de vuelta. Al igual que Hansel y Gretel hicieron con las migas de pan, pero con más suerte que ellos, ya que las tiendas no se las comerían los pájaros. Ahora, a la derecha, donde está Zara, y al lado una tienda de deporte; luego a la izquierda, con una tienda de libros y revistas, una zapatería y una sucursal bancaria, después todo recto... así recorrí media terminal sin éxito, y por miedo a extraviarme, deshice el camino antes de olvidar las tiendas que como señales de referencia había ido memorizando.

—¿Los has encontrado? —preguntó María.

—Qué va, están lejísimos y es un laberinto, no puedo aguantar más.

Antonia se ofreció amablemente a guardarnos el turno en la cola mientras María me acompañaba al baño.

La nueva cola que se había formado era mucho más corta que la anterior, y nosotras estábamos en la décima posición. Con un poco de suerte aun podríamos salir esta noche, pensé, aunque, por supuesto, nos perderíamos la recepción de bienvenida. ¡Qué lástima perderme la ocasión de conocer gente tan interesante y poder estrenar mi bonito vestido!

A la vuelta de nuestra visita al baño, que, de paso, también aprovechó María, vimos que se habían sumado algunos viajeros más a la cola *Business*, entre ellos, me llamó la atención una insólita pareja de jubilados que estaban bastante detrás de nosotras. Él era alto, de 1,85 m aproximadamente, de recia complexión y con cara de pocos amigos, actitud que atribuí a la mala experiencia del viaje. Ella no tenía una sola arruga y su cara era inexpresiva por efecto del bótox, de estatura bajita, era una mujer bonsái, como yo llamo a las que no pasamos de metro cincuenta.

Las nuevas generaciones son más altas, yo lo atribuyo a una mejor alimentación. Años atrás abundaban las mujeres bonsáis, y también los hombres eran más bajos. Sobre todo, los que nacimos en la posguerra, cuando la alimentación era escasa y poco variada. Aquella pareja me recordó a la que formábamos mi marido y yo. Francisco, alto y corpulento, pero con un rostro dulce y amigable, y yo, bajita y delgada. Está visto que los polos opuestos se atraen, pensé.

Los primeros de la cola eran tres hombres jóvenes de habla inglesa, seguidos de una familia italiana formada por una pareja de edad indefinida y sus dos hijos adolescentes. El marido era robusto, de mediana estatura y con cara de buena persona, dicharachero y sonriente amenizaba la tediosa espera. Ella tenía una esbelta figura con bellos rasgos latinos

y una exuberante melena azabache, y los dos chicos eran tan parecidos en físico y en edad que podían pasar por gemelos. Resultó ser un grupo simpático y divertido con los que intercambiamos algunos comentarios jocosos sobre los perfectos ingleses y su pésima gestión. Tras los italianos y justo delante de nosotras, iba un ejecutivo de piel oscura y facciones indias, muy simpático. Más tarde supimos que era australiano, de ahí su carácter sociable y campechano que caracteriza a los australianos. Nos preguntó si hablábamos inglés.

—*Yes, of course* —contestamos.

Y así fue como entablamos conversación, gracias a nuestro conocimiento de la lengua inglesa, tan importante para poder comunicarse con casi cualquier ciudadano, sea de la nacionalidad que sea. Nos dijo que llevaba años residiendo en Estados Unidos y que regresaba tras un viaje de negocios en Europa.

La estrategia de una nueva cola para acelerar el servicio de los pasajeros de *Business* fue una tomadura de pelo. A pesar de la lentitud con la que avanzaban ambas filas, la de pasaje turista lo hacía más rápido que la nuestra, la proporción era de cuatro a uno. ¿Qué demonios estaba pasando?, no entendíamos nada. Pronto nos dimos cuenta de que no habían abierto más ventanillas para atender a los pasajeros de la clase *Business*, sino que de las cinco ventanillas habilitadas, solo una era para la atención a nuestra clase, y el resultado estaba siendo el mismo o peor.

Los comentarios que se oían eran que no había vuelos suficientes para absorber a todos los pasajeros, por lo que muchos tendrían que quedarse a pasar la noche en Londres y salir al día siguiente. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que la señora bonsái de cara inexpresiva y sin arrugas por el bótox se había puesto a nuestra altura. Al principio pensamos que quería comprobar el número de ventanillas habilitadas para nuestra atención y el número de pasajeros que tenía adelante. Pero no solo no se iba después de la comprobación, sino que, disimuladamente, se fue introduciendo hasta quedar en la novena posición, justo delante de nosotras: entre el australiano y Antonia, e impedía la conversación iniciada entre el ejecutivo y nosotras.

—No me había dado cuenta de esta señora, ¿Le estabais guardando el lugar? —preguntó nuestro reciente amigo.

—No, contestamos al unísono —y Antonia añadió—, creo que intenta colarse, pero si es así, no la dejaré, que aguarde su turno como los demás.

El término medio que empleaban en atender a cada viajero era de unos veinte a treinta minutos, delante de nosotras estaban los cuatro italianos y el australiano, y eran casi las seis de la tarde. Con un poco de suerte, podríamos acabar hacia las nueve. De ahí la determinación de Antonia de no dejar que se nos colara la pareja de jubilados.

—Perdone, señora —le dijo Antonia—, nosotras vamos detrás de este señor.

—Es que ya hemos esperado tres horas en la otra cola antes de que se habilitara esta —contestó la señora bonsái.

—Sí, está siendo horrible, de veras que lo siento, pero nosotras llevamos aquí más de seis horas y vamos delante.

La señora, consciente de que había obrado mal, se apartó avergonzada y volvió al lado de su malcarado marido. Este se enfureció con ella, se dirigió hacia nosotras y sin mediar palabra se colocó detrás del australiano y delante de nosotras.

El italiano no salía de su asombro, y con un gesto muy expresivo se tocó la cara diciendo *¡molto dura!*

—Perdone, señor —le dijo Antonia—, sea tan amable de aguardar su turno, nosotras vamos detrás de este señor.

Sin moverse ni un solo centímetro de su sitio, volvió la cabeza y le contestó de mala manera.

—¡Ah!, ¿desde cuándo tienen preferencia los jóvenes frente a los mayores?

—Lo siento, señor, pero no es cuestión de edad, es cuestión de turno —le contestó Antonia, y añadió —parece que para viajar no le importa la edad, además, la madre de mi amiga es mayor que usted y lleva más de seis horas esperando.

No le contestó, con un gesto airado le dio la espalda, y, además de no moverse ni un centímetro de su puesto, se abrió de brazos bloqueándonos el paso.

—¡No me lo puedo creer! —dijo Antonia, asombrada ante la desfachatez y prepotente actitud del hombre—. Pero no se saldrá con la suya.

—Déjalo —dijo María—. Después de tantas horas como llevamos, no vendrá de dos personas, y la vamos a liar.

—¿Cómo que no va de dos personas?, puede que por dos personas no podamos embarcar esta noche, o nos quedemos sin cenar, y yo tengo un hambre que me muero. Ten

en cuenta que estamos en Inglaterra y aquí las cocinas de los hoteles y restaurantes cierran, como muy tarde a las diez. No es como en España que puedes cenar a cualquier hora hasta bien entrada la noche. Además, es cuestión de justicia, están la mar de bien para recorrer el mundo y ahora pretenden dar lástima porque son mayores. Pues que se quede en su casa, también es mayor tu madre y no se queja, lo que pasa es que saben que va a ser difícil que podamos salir todos esta noche, y tienen más posibilidades colándose. ¡Pero no se colarán!, al menos, no delante de mí.

Me gustaba Antonia, era dulce y educada, pero con una fuerte personalidad, ya que lo cortés no quita lo valiente.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó María.

—Ya veras, vosotras seguirme y hacer lo que yo haga.

Los italianos ya estaban siendo atendidos y le tocaba el turno al ejecutivo australiano, tras él, estaba el jubilado altísimo con los brazos abiertos que bloqueaban el paso y a un lado no muy lejos su diminuta y avergonzada mujer. En cuanto el australiano se dirigió hacia la ventanilla, Antonia se agachó y pasó por debajo de uno de los brazos del señor altísimo, y tras ella, María. Iban tan juntas que parecían una sola persona. Mientras el hombre, asombrado, les prestaba atención a ellas, yo pasaba por abajo del otro brazo, sin demasiada dificultad, y nos colocamos delante del perplejo y alto jubilado con cara de malas pulgas que no salía de su asombro.

No sirvió de mucho impedir que el inglés caradura y su diminuta esposa se colaran, salvo para darles una lección de buenos modales. Porque no había vuelos hasta el día siguiente, por lo que teníamos que dormir en Londres. Antonia, a quien ya habían atendido, nos esperaba para irnos juntas al hotel mientras María discutía con los empleados.

—¿Cómo que no hay ningún vuelo con pasajes *Business* a Los Ángeles para mañana?, pues esperaremos al día siguiente.

—Lo siento, señora, para Los Ángeles en *Business* no hay nada hasta el miércoles.

—¡Eso es imposible!, yo no voy de vacaciones, sino por trabajo, y tenía que llegar esta noche.

—Mañana hay un vuelo con pasajes *Business* operado por Delta Airlines a Seattle, pero las dos últimas conexiones, a Honolulu y Maui, son en turista. Es la otra opción.

—Es una conexión más, con lo que perdemos tiempo y, además, hemos pagado *Business* para todo el vuelo.

—Señora, yo no puedo hacer nada, esperen al miércoles o reclamen a la compañía para que les reintegren la diferencia del pasaje.

María estaba tan enfadada que, de no ser por la ilusión que yo había puesto en ese viaje, lo hubiera cancelado. Había hablado con su jefe y le había explicado la situación para hacerle saber que llegaríamos con un día de retraso. Pero ahora las cosas se complicaban al tener que hacer otra conexión y el último tramo del viaje en turista. Además de perdernos la fiesta de bienvenida, llegaríamos a las nueve de la mañana del martes, con lo que no le daría tiempo a María para descansar antes de incorporarse a las largas y agotadoras horas de trabajo. Su jefe la excusó de asistir a la reunión anual y volver a España si no podía hacer el viaje con comodidad. Son largas horas de vuelo a las que después se suma el *jet lag*, por lo que la empresa pagaba para que sus ejecutivos viajaran cómodamente y estuvieran en las mejores condiciones para las largas reuniones de trabajo.

—¿Qué hacemos, mamá? —me preguntó María.

—No sé, haz lo que tú creas.

María debió darse cuenta de mi decepción al ver frustrado mi viaje, y me preguntó:

—Pero ¿no te importa hacer el último tramo en turista? Son seis horas más y tendremos que pasar la noche en el aeropuerto de Honolulu, porque hasta las ocho y veinte de la mañana no sale nuestro vuelo a Maui.

—¿Así que por solo treinta minutos de vuelo, que separan Honolulu de Maui tenemos que esperar toda la noche?

—Es lo que hay —dijo María—. Es eso o volvernos a casa.

—Para mí no es problema, puedo descansar cuando lleguemos. Pero ¿y tú? tienes que trabajar.

—Si a ti no te importa viajar en turista y pasar la noche en Honolulu, yo intentaré descansar en la sala *Business*, y no iré a la primera reunión de trabajo.

Yo estaba acostumbrada a hacer viajes tan largos como aquel en turista, y sin la comodidad y el confort de las salas *Business*, que incluso podría dar una cabezadita. Agradecí infinitamente a María la decisión de seguir. Desde la muerte de Francisco, no había levantado cabeza, y, tras el dolor de su pérdida, se fueron sumando una serie de

desgraciados episodios, entre ellos, la ruptura del menisco y los ligamentos de mi rodilla izquierda, que me mantuvo dos meses en silla de ruedas y otro mes más con muletas. Gracias a mi tenacidad en hacer al pie de la letra todos los ejercicios de recuperación recomendados por el Dr. Monfort, a mi fisioterapeuta y a las dos horas diarias de natación, estaba totalmente recuperada y había puesto tantas ilusiones en aquel viaje.

—Está bien. ¿A qué hora sale nuestro vuelo mañana?

—A las 12:55 del mediodía.

Después de darnos dos bolsas con unos pijamas y unos kits de higiene, nos dijeron que afuera había un minibús que nos llevaría al hotel Crowne Plaza para cenar y pasar la noche. Resignadas, llegamos hasta el minibús que nos llevaría al hotel junto con el resto de los pasajeros que tenían que pasar la noche en Londres. Aún no estaba lleno y esperaban a completarlo para salir. Eran más de las nueve y decidimos no esperar, estábamos muy cansadas y si cerraban la cocina a las diez, nos quedaríamos sin cenar, así que cogimos un taxi. Después del largo y agotador día en el aeropuerto, teníamos ganas de llegar al hotel para darnos una ducha y cenar algo que no fuera un asqueroso sándwich. Al llegar al Crowne Plaza, tuvimos que invertir nuestras prioridades y cenar antes de la ducha, ya que solo faltaban veinte minutos para cerrar la cocina. Gracias a que decidimos coger el taxi y a que Antonia no dejó que se nos colaran el jubilado caradura y su estradísima e inexpresiva mujer pudimos cenar.

Al llegar al hotel, sin siquiera dejar la bolsa que nos habían dado con el pijama y el kit de aseo, nos dirigimos hacia el comedor. Sentado en una mesa, vimos al ejecutivo australiano que, al igual que nosotras, había decidido no esperar a que se completara el minibús, y aguardaba su pedido. Por lo visto, el también había cogido un taxi, estos ejecutivos que viajan por todo el mundo se las saben todas, gracias a eso pueden sobrevivir a tanto ajeteo. Nos acercamos a saludarlo y nos invitó a compartir mesa con él, y así retomamos nuestra conversación que había sido interrumpida por aquel jubilado en el aeropuerto.

—¿Así que las tres sois españolas? —nos pregunto el australiano.

—Sí, contestó Antonia, y las tres de Barcelona, aunque yo llevo años viviendo en Alemania. Soy ingeniera, y la empresa para la que trabajo me envía a Los Ángeles para abrir una nueva sucursal. Me llamo Antonia.

—Es un placer, yo soy Thomas, nacido en Australia y residente en Nueva York. Hace veinte años, en un viaje de estudios que hice a La Gran Manzana, conocí a una preciosa

neoyorquina con la que me casé, y fijé allí mi residencia en la que apenas permanezco. Mi trabajo me obliga a viajar constantemente, por lo que apenas veo a mi mujer y a mis dos hijos, paso más tiempo en los aeropuertos que en casa, saltando de un país a otro.

—Qué interesante —dije yo—, a mí me encanta viajar.

—Sí, visto desde afuera, puede parecer muy interesante, y lo es, mientras no tienes familia. Gracias a mi trabajo he recorrido medio mundo, y descubrí otras culturas y ciudades maravillosas, pero ahora me apetece una vida más tranquila y disfrutar de mi mujer y de mis hijos, porque ya me perdí su infancia. Nada es gratis, es el precio que he tenido que pagar para darle una buena vida a mi familia. De todas formas, no me quejo, creo que soy un hombre afortunado. En este tiempo de crisis, en la que gran parte de la población ha perdido sus casas y sus empleos, yo tengo una bonita casa, un trabajo bien retribuido y una familia sana a la que quiero y la que me quiere; es mucho más de lo que tiene la mayoría. Y además —dijo bromeando—, también tiene sus ventajas; como mi mujer me ve poco, no se cansará de mí.

—Tienes razón —dije riéndome de la ocurrencia—. Veo que te lo tomas con humor.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? Hay gente que se pasa la vida lamentándose de lo que le falta en vez de agradecer lo que tiene. Se tiene que ser agradecido y aceptar que en esta vida no se puede tener todo.

Como el australiano era muy hablador y no queríamos interrumpirlo, María y yo aún no nos habíamos presentado.

—Bien, yo soy María y ella es Antonia, mi madre. Ella es como tú, tiene una filosofía de vida muy práctica, dice que es necesaria para no amargarse la existencia.

—Cierto, cierto, tu mamá es sabia. ¡Ah, y también se llama Antonia! ¿Es un nombre popular en España?

—Ahora no —dijo María—, pero lo fue años atrás, cuando se guardaba la tradición de ponerle a los niños los nombres de los abuelos, por lo que abundaban nombres como Antonia, Carmen, Lola, Isabel, Pilar o Rita... Luego, cuando la gente joven empezó a viajar, importaron nombres extranjeros y dejaron de ponerse algunos de los nombres españoles más comunes, con lo que hemos perdido un poco nuestra identidad. Afortunadamente, ahora vuelven a ganar protagonismo, sobre todo, porque muchos famosos se los ponen a sus hijos.

—En lo referente a modas, son ciclos —dijo Thomas—. Todo vuelve. Y basta que algún famoso haga algo para crear tendencia, sobre todo, ahora con las redes sociales. ¿Y vosotras en viaje de placer? —preguntó, dirigiéndose a nosotras.

—Para mi madre sí, pero no para mí —contestó María. —Yo trabajo para una empresa americana con sede en San Francisco, y voy a Maui por trabajo. Teníamos que haber llegado esta noche vía Los Ángeles, pero con este desbarajuste de vuelos nos desvían a Seattle con escala en Honolulu y desde allí a Maui, o sea, que no sé cuándo llegaremos. No tengo hijos, y a estas convenciones anuales, que la compañía suele hacer cada año en un país diferente, casi siempre me acompaña mi marido. Y aprovechamos para hacer un poco de turismo, añadiendo unos días de nuestras vacaciones. El año pasado esta reunión también se hizo en Hawái, parece ser que es el lugar preferido del dueño de la compañía. Estuvimos en The Big Island, y añadimos quince días más para visitar otras islas, por lo que mi marido ya conoce la zona. Pero como ahora tiene bastante trabajo, este año me acompaña mi madre.

—Y yo encantada —respondí.

—Es un largo viaje —dijo Thomas.

—Estoy acostumbrada a los viajes largos, cuando vivía mi marido, íbamos cada año a Australia y en clase turista.

—¡Cada año! ¿Tanto les gusta Australia? Claro que es preciosa y tan grande que se necesita más de un viaje para conocerla.

—Sí, sí, nos encanta, pero no era solo ese el único motivo, tengo una hija y tres nietos viviendo allí, en el Estado de Victoria, en Warrnambool.

—Ah, en el Estado de Victoria, así que debe conocer Melbourne, es mi ciudad. Allí nací y pasé mi infancia y parte de mi juventud, y suelo ir cada año a visitar a mis padres.

—Mi yerno también es de Melbourne, y por supuesto que la conocemos, es una ciudad preciosa y muy interesante. Volábamos con Qantas a Melbourne, donde cogíamos el tren hasta Warrnambool. Pero queríamos conocer esa bonita ciudad que solo veíamos desde el taxi que nos llevaba desde el aeropuerto hasta la estación de trenes. En uno de nuestros viajes, nos hospedamos en un moderno apartotel de Colling Street, y pasamos una semana recorriendo sus calles y sus tiendas. En la joyería Anton, de Colling Street, mi marido me compró este ópalo —dije mostrándole el collar que llevaba puesto.

—¡Es precioso! —dijo Thomas—, y de muy alta calidad.

—Fue una semana inolvidable, a mi marido le gustaba mucho visitar los mercados de las ciudades, y nos encantó Queen Victoria Market donde disfrutamos comprando regalos para la familia y amigos. Francisco, mi marido, le compró un precioso bumerán artesanal a un aborigen. Nos llamó la atención ver una churrería española en el exterior del mercado. Era en 2010, y pagamos tres euros por un churro, en España por ese precio comprabas una bolsa, pero fue muy divertido. Melbourne es una ciudad preciosa, con carácter propio que la hace diferente a cualquier otra. Tanto a mi marido como a mí nos gustó más que Sídney o Brisbane.

—A mí también, pero, claro, yo no soy objetivo. ¿Y hace mucho que no va?

—Sí, hace cinco años que no veo a mi familia, mi marido estaba demasiado enfermo para viajar, murió el año pasado.

—Lo siento.

—Gracias.

—Sí —dijo María—, fue todo muy doloroso. Es una de las razones por las que mi marido me dijo que la llevara conmigo; le conviene distraerse, pero parece que hemos empezado con mal pie.

—Espero que mañana las cosas mejoren y tengáis un feliz vuelo.

—Dios lo quiera —añadí.

Con la agradable cena y la amena conversación, no nos dimos cuenta de que éramos los únicos que quedábamos en el comedor. Los camareros ya estaban preparando las mesas para el desayuno del día siguiente. Así que aunque estábamos disfrutando de la conversación y de la compañía, decidimos marcharnos. Tras despedirnos de Thomas deseándole un feliz vuelo, subimos a nuestras habitaciones.

Después de la bien merecida cena y la agradable y distendida conversación, una cálida ducha desentumeció nuestros doloridos y engarrotados músculos, debido a la tensión vivida durante todo el día en las larguísimas y agotadoras colas de Heathrow, y logramos un merecido y reparador descanso.

A la mañana siguiente, después de un abundante y agradable desayuno, nos dirigimos nuevamente al aeropuerto junto con Antonia donde nos despedimos. No sin antes intercambiar direcciones y teléfonos, y la promesa de mantenernos en contacto. Nos

separamos deseándonos buena suerte, y nos dirigimos a las distintas terminales donde salían nuestros vuelos.

Debido a la espesa niebla que cubría nuevamente el cielo de Londres, nuestro vuelo volvió a salir con retraso. Por lo que cuando aterrizamos en el aeropuerto de Tacoma, Seattle, habíamos perdido nuevamente nuestra próxima conexión, no solo por la demora al despegar, sino también por la larga espera para pasar el exhaustivo control aéreo de los Estados Unidos.

Al menos, el vuelo hasta Seattle en clase *Business*, operado por Delta AirLines, fue muy cómodo y agradable, en los dos próximos enlaces viajaríamos en clase turista. Llegamos a Honolulu en el último vuelo de la noche del día 2, y saldríamos al día siguiente a las ocho y veinte de la mañana rumbo a Maui. Lo peor ya había pasado, finalmente, estábamos cerca de nuestro destino, y, aunque nos tocaría pasar la noche en Honolulu, lo haríamos en la comodidad de la sala *Business* donde podríamos cenar algo y descansar. Bueno, eso era lo que pensábamos, la realidad fue muy diferente.

Nos extrañó ver el aeropuerto tan poco concurrido y la mayoría de los comercios, bares y restaurantes cerrados. Los pocos locales que aún permanecían abiertos también estaban echando el cierre. Nos acercamos a uno de los pocos mostradores que quedaban abiertos para preguntar qué ocurría. Y una amable azafata nos dijo que el aeropuerto no estaría operativo hasta el primer vuelo del día siguiente.

—¿Pero podemos tomar algo en la sala *Business* y descansar?

—Lo siento, señoras, todo se cerrará en unos minutos, tendrán que esperar afuera, en el recinto exterior, hasta que se vuelvan a abrir las instalaciones a las cinco y media de la mañana.

¡No era posible que cerraran el aeropuerto! Continuaba la pesadilla, no podía ser cierto lo que nos estaba pasando, por fuerza tenía que tratarse de un mal sueño. ¿Cómo íbamos a pasar la noche sentadas en un banco de piedra y sin cenar? Desgraciadamente, no era un mal sueño, nunca nada fue tan real como la noche que pasamos con el estómago vacío y sentadas en un duro banco sin respaldo en una zona fantasmal, donde solo estábamos nosotras y otro hombre durmiendo tumbado en otro banco. María tenía una fuerte jaqueca, por fortuna llevábamos una botellita de agua y se pudo tomar un analgésico. Después improvisó una almohada con mi chaqueta vaquera y se estiró en el duro banco. Yo me

quedé de guardia de nuestro equipaje de mano, con hambre, sueño y sentada incómodamente sin siquiera poder apoyar la espalda. Nada estaba saliendo como yo me esperaba, ¿dónde estaba el viaje de comodidad que yo había pagado y el viaje de lujo que yo había soñado? Era el peor viaje de mi vida, y no tenía nada de glamur pasar la noche sentada en un duro banco como dos indigentes, por más idílica que fuera la isla de Honolulu. Iba a ser una noche larga hasta que volvieran a abrir el aeropuerto. Durante las largas horas de espera en Heathrow, había leído todas las revistas que María había comprado en el aeropuerto del Prat. Así que saqué *El verano del lobo rojo*, una novela de Morris L. West, que resultó ser muy interesante al estar ambientada en las costas escocesas, donde habíamos estado recientemente y de las que guardaba un grato recuerdo. Esto hizo que mis horas de espera se hicieran más soportables. Los libros son mis mejores amigos, nunca me fallan, por eso siempre viajo con alguno.

A las cinco de la mañana empezamos a ver movimiento del personal de limpieza con lo que pensamos que no tardarían en abrir las instalaciones. Finalmente, cuando a las cinco y media se volvieron a abrir las puertas del recinto, pudimos entrar y tener un asiento más cómodo, al menos con respaldo donde apoyar mi dolorida espalda. A esa hora, las pantallas informativas anunciaban el primer vuelo a las seis y media, era con destino a Maui. ¡Qué bien!, pensamos. Podríamos salir antes, estábamos deseando llegar a destino. Nos dirigimos a un mostrador de información con la intención de cambiar nuestro vuelo.

El empleado que había tras el mostrador, un amable nativo de unos sesenta años, nos dijo con cierta tristeza, reflejada en su moreno y bondadoso rostro, que no podía cambiarnos el vuelo porque nuestras maletas iban en el vuelo de las ocho y veinte y teníamos que volar en el mismo avión que nuestro equipaje.

Resignadas, volvimos a nuestros asientos. María seguía con su jaqueca al no haber podido dormir, y a mí me escocían los ojos de estar toda la noche leyendo sin poder dar una cabezada. A las seis empezaron a abrir las cafeterías y algunos comercios, y nos fuimos a desayunar. Yo tomé un cruasán y un café con leche que me sentó de maravilla, y pensé cómo una cosa tan sencilla que has repetido infinidad de veces sin valorarla puede causarte tanto placer en un momento dado. María tomó un cruasán de chocolate y un café doble con otro analgésico.

Finalmente, anunciaron nuestro vuelo y treinta y nueve minutos más tarde aterrizábamos en el aeropuerto Kahului en Maui, donde nos esperaba el coche que nos llevaría al lujoso Hotel Andaz, solo al alcance de los bolsillos más privilegiados, en Wailea,

la zona más exclusiva de la isla. Eran las nueve de la mañana del día tres, nos esperaba el día uno por la noche.

POR FIN EN MAUI

Un agradable y sonriente nativo de mediana edad, con el uniforme de chofer del Andaz, nos esperaba con una limusina para trasladarnos al hotel. ¡Qué lujo!, pensé. Yo nunca había subido a una limusina, ni siquiera las había visto. Bueno, sí, en las películas americanas. El hombre resultó ser muy extravertido y hablador; tras colocar nuestro equipaje en el maletero, nos preguntó cómo habíamos hecho el viaje.

—La verdad que no demasiado bien, perdimos la conexión en Londres a causa de la niebla, y, a partir de ahí, todo fue de mal en peor. Aparte de perder casi dos días más en el viaje, la mitad lo hemos hecho en clase turista, y estamos muy cansadas. —Para no cansar al simpático conductor, pasamos por alto todas las demás incidencias.

—A partir de ahora podrán relajarse; ustedes han elegido un buen hotel donde les brindaran todas las comodidades para que su estancia sea lo más agradable posible.

—Lo malo es que yo vengo por trabajo y tengo que incorporarme ya. No tengo tiempo para descansar, se nos esperaba el domingo por la noche.

—Vaya, siento que hayan tenido tan mal viaje, y es una pena que solo venga a trabajar porque es una isla preciosa para disfrutarla —nos dijo el hombre—. ¿Es la primera vez que nos visitan?

—Para mi madre sí, para mí es la tercera vez; Hawái es uno de los lugares preferidos de mi empresa para celebrar la reunión anual, por lo que conozco la belleza de algunas de sus islas. En estos viajes suelo combinar trabajo y placer, y cojo unos días de vacaciones para hacer turismo. Los dos años anteriores me acompañó mi marido, estuvimos en Hawái y en Oahu, pero esta es mi primera vez en Maui, y, por supuesto, pensamos disfrutarla. Como en ocasiones anteriores he cogido unos días de vacaciones para visitar los lugares más interesantes, usted, como buen conocedor de la isla, ¿podría recomendarnos algunos?

—Por supuesto, para mí será un placer. Maui es la isla más bonita de Hawái —dijo el hombre con cierto orgullo—. Aquí decimos “Maui Noka oi” que quiere decir Maui es lo máximo. También se la conoce como la “Isla mágica” o la Isla del valle. Y a Hawái la llamamos “The Big Island”¹ para diferenciarla del estado, ya que llevan el mismo nombre.

—¿Sabían que Hawái sigue creciendo gracias a la lava que escupe regularmente al mar el volcán Kilauea, uno de los más activos del mundo?

—Es curioso. No, no lo sabíamos.

—¿Y qué les pareció Oahu? La gran oferta de diversión y vida nocturna que ofrece Honolulu la hace la preferida de los turistas, la playa de Waikiki es la más célebre, y es el centro turístico por excelencia donde se concentra el noventa por ciento de los hoteles de la isla. Es como un escaparate, donde acude toda la gente famosa que quiere ser vista.

—Sí, ya lo pudimos comprobar el año pasado. Es preciosa, pero, para nuestro gusto, demasiado turística. Allí todo está pensado para turistas millonarios: comercios de súper lujo, maravillosos hoteles, todo carísimo. La compañía en la que trabajo nos paga la estancia durante los días de trabajo. El año pasado nos hospedamos en el exclusivo Hotel Halekulai, con unas maravillosas vistas al Diamond Head². Nosotros somos más de turismo de paisaje. En los dos viajes anteriores en los que me acompañó mi marido, después del trabajo, nos hospedábamos en sitios más económicos y hacíamos un poco de

1 La isla grande.

2 Cabeza de diamante.

turismo visitando otras islas. Visitamos Lanai, creo, si no me equivoco, que es la isla habitada más pequeña del archipiélago, y tranquilísima, ni siquiera tiene semáforos.

—No se equivoca, ¿fueron a visitar The Cat Sanctuary³?

—Por supuesto, fue una de las razones que nos llevó a Lanai. Me encantan los gatos, no podía estar en Hawái y no visitar este icónico lugar, ¡y me encantó! Es impresionante ver tantos gatos juntos y tan bien cuidados; según nos dijeron, cuentan con una población de unos quinientos cincuenta felinos, que todo el mundo puede visitar y adoptar alguno si lo desean.

—Cierto, Lanai Cat Sanctuary es el paraíso de los amantes de los gatos, que todo el mundo puede visitar para dar y recibir cariño de estos tigres en miniatura. Tienen más de siete kilómetros cuadrados donde los gatos pueden campar a sus anchas, a diferencia de otros sitios donde los tienen encerrados. Allí se recogieron todos los gatos abandonados de la isla, donde se les da la atención y el cuidado que necesitan. Cuentan con servicio de veterinarios y una plantilla estable de cuidadores que mantienen limpias las instalaciones y cuidan todo su entorno. Si usted lo visitó, pudo darse cuenta de lo cuidado que está todo.

—Sí, y me sorprendió muchísimo, porque eso debe de tener un gran coste económico por la cantidad de gente empleada que hay.

—Lo tiene, pero se financia con donativos y voluntariado de simpatizantes de estos animales, no todos los que trabajan en The Cat Sanctuary son asalariados. Hay muchos que prestan unas horas al día gratis porque les sirve de terapia, al igual que algunos estudiantes de veterinaria que hacen allí sus prácticas, supervisados por un profesional. Cada año viene gente de todo el mundo a visitar a estos peludos inquilinos, algunos de los visitantes adopta y otros colaboran con generosos donativos. Cada día tienen más adeptos.

—No me extraña, son tan bonitos... También fuimos a Kauai, igual de tranquila, nos encantó por su exuberante vegetación de bosques tropicales. Con razón la llaman ustedes “La isla jardín”. ¿Es cierto que su famoso volcán Waialeale es el más húmedo del mundo?

—Eso dicen —dijo el hombre que no demostró tener mucho conocimiento al respecto—. Aunque toda la vegetación en Hawái es exuberante. Si les gusta la naturaleza, no se

3 El santuario de los gatos.

pueden perder el camino de Hana ni el Cráter Haleakala, The house of the sun⁴. El más alto del mundo donde podrán contemplar las salidas y puestas de sol más impresionantes de la isla.

—Sí, es algo que nos quedó pendiente el año pasado y que no nos pensamos perder. También queremos visitar Molokai, ¿sabe si se puede visitar la colonia de leprosos?

—No sin una invitación de sus habitantes, y esto se tiene que pedir con antelación. El camino es estrecho y escarpado, solo se puede hacer a pie, en burros o mulas, y suelen ser visitas guiadas. Tendrían que informarse cuando compren los pasajes del ferri, o si hacen una excursión guiada. Y si les gusta el buceo o el *snorkel*, Molokini está dentro de los diez mejores lugares del mundo para practicar estas actividades. Es el paraíso de los buceadores para disfrutar de la gran diversidad de especies marinas, entre ellas, las tortugas verdes, y de las más de treinta especies de coral duro que se encuentran en sus aguas.

—El buceo no es nuestro fuerte, aunque estamos muy interesadas en ver la gran y colorida diversidad de las especies marinas de las islas, preferimos ir al Ocean Center, nuestras actividades acuáticas solo son en la superficie.

—Es una importante alternativa, las sorprenderá la gran variedad de especies que contiene, hay ejemplares únicos, como la enorme manta raya.

—¿Molokini es la pequeña isla en forma de medialuna?, ¿verdad? —Pregunté yo, que durante meses estuve buscando información sobre las islas del archipiélago hawaiano.

—Sí, de hecho, es parte del cráter de un volcán sumergido inactivo.

El hombre resultó ser tan extravertido e interesante que, en los treinta minutos que duró nuestro recorrido, desde el aeropuerto internacional de Kahului hasta el Hotel Andaz en Wailea, nos dio un montón de información sobre las islas. Y, orgulloso de sus orígenes, nos explicó con cierta tristeza que el idioma hawaiano solo lo hablaba una pequeña minoría, en la actualidad el inglés era el idioma predominante en Hawái.

—El idioma hawaiano fue prohibido cuando Hawái se anexionó a los Estados Unidos, y, a pesar de que en los últimos años el gobierno estadounidense intenta fomentarlo de nuevo enseñándolo en las escuelas, tan solo un 1 % de la población hawaiana lo habla.

—Qué lástima —dije yo—, con lo bien que suena.

4 La casa del sol.

—Y lo fácil que es, solo tiene siete consonantes. En estas islas todo es fácil, hasta su idioma.

—¡Qué interesante! ¿Le importaría decírmelas?

El hombre se sintió muy halagado por el interés que mostré por su cultura y su lengua.

—En absoluto —contestó eufórico—. En total, nuestro alfabeto consta tan solo de doce letras, tome nota.

—Espere un momento que cojo papel y bolígrafo —dije, mientras buscaba sin éxito dentro del bolso.

—No hace falta, mamá —dijo María—, ya lo anoto yo.

—¿Lista?

—Sí.

—Pues anote. Cinco vocales: A, E, I, O, U, y siete consonantes: H, K, L, M, N, P, W. Fácil, ¿verdad?

—Cierto que tiene que ser fácil, muchísimas gracias. Y si no es mucho abusar de su amabilidad, ¿me podría decir de qué son estos inmensos cultivos de ambos lados de la carretera?

—Son de caña de azúcar, de la que Maui es gran productor. Y como veo el gran interés que le despierta esta bonita isla de la que me siento tan orgulloso, le diré que tomó su nombre del semidiós Maui, que, según explica la leyenda, sacó las islas del archipiélago desde el fondo del mar.

—Qué leyenda tan bonita.

—Bien, señoras, ya hemos llegado.

—Qué lástima, con las cosas tan interesantes que nos estaba contando. Realmente ha sido un placer viajar con usted.

—El placer ha sido mío, señoras, les deseo una feliz estancia —dijo—. Y se despidió de nosotras con un *Aloha*. Después descargó las maletas, de las que se hicieron cargo dos jóvenes nativos fuertes y atractivos, con camisas floreadas y collares de perfumadas flores de plumaria.

La media hora que había durado el trayecto se me había hecho muy corta con la amena e interesante conversación del simpático chofer y las preciosas vistas del interminable mar verde de los campos de caña de azúcar que, al juntarse en el horizonte con el clarísimo azul del cielo, creaban un bonito contraste.

EN EL ANDAZ

Frente al impresionante Hotel Andaz, situado en un privilegiado entorno, había una estatua de latón de tamaño natural del semidiós Maui que arrastraba con una gruesa cuerda las islas que había sacado del fondo del mar. Dos amables y guapísimos jóvenes nativos, con camisas floreadas, nos dieron la bienvenida con un *Aloha*, y nos obsequiaron un collar de frescas y perfumadas flores de plumaria.

La gran habitación en la que nos instalaron en la quinta planta, con unas vistas espectaculares, era más grande que algunos apartamentos de España. Estaba exquisitamente decorada con un lujo minimalista y funcional: dos camas enormes *King size*⁵, con tres grandes mesitas de noche, una a cada lado de las camas y otra en el centro. Sobre las mesitas de los lados, había unas lámparas articuladas para poder dirigir la luz sobre una posible lectura. Supongo que la del centro, en la que no había nada, era auxiliar para colocar un ordenador, una bebida, bombones o cualquier otra cosa. En la pared, frente a las camas, había un enorme televisor, por encima de un amplio escritorio que ocupaba toda la pared frontal, equipado con material de oficina y una silla giratoria. Al extremo izquierdo del gran escritorio, había un pequeño bufé con el hervidor para calentar el agua para el té, café o infusiones. Unas botellitas de agua, una caja con compartimentos en los que había café soluble, normal y descafeinado, varias clases de tés e infusiones, sobres de azúcar blanca y sin refinar, sacarina y unas pequeñas cápsulas de leche normal y de avellana, supongo que eran para los intolerantes a la lactosa. Junto al hervidor, una caja con cucharillas, dos tazas, dos vasos y servilletas. También había una bandeja con paquetitos de varias clases de galletas y chokolatinas. Bajo ese bufé, se hallaba el bar, surtido de diferentes bebidas refrescantes y alcohólicas. Completaba el mobiliario una mesita auxiliar, dos cómodos sillones y un enorme armario apto para el vestuario de una estrella de cine o de la canción. En el baño, que era de película, y más grande que algunas habitaciones de nuestros pisos, había dos albornoces blancos de suave algodón y productos de higiene de alta cosmética.

La habitación también disponía de un amplio balcón con vistas a los exuberantes jardines frente al mar. Con dos cómodos sillones y una mesita, en el que se podía desayunar tranquilamente mientras se disfrutaba de la preciosa vista en vez de bajar a uno de los varios comedores de los que disponía el hotel. O cenar viendo una bellísima puesta de sol, o contemplar la luna reflejarse sobre el mar que dejaba una estela plateada.

Aquella mañana, María no iba a asistir a la reunión de trabajo, su jefe sabía de los problemas que habíamos tenido en el viaje y le había dicho que no fuera. Por lo que se acostó sin siquiera deshacer la maleta.

⁵ Medida de rey.

—Mamá, estoy agotada, necesito dormir a ver si se me pasa el dolor de cabeza, en estas condiciones no podría asistir a la cena de gala de esta noche. Pondré el despertador a las cuatro para tener tiempo de darme una ducha y arreglarme.

—Pensaba que la cena era ayer.

—Sí, era ayer, pero la han retrasado para esta noche a fin de que yo pudiera asistir.

—¡Vaya, qué detalle!, pero no necesitas poner el despertador, te llamaré yo.

—¿No vas a dormir un rato?

—No, no tengo sueño.

—Tendrías que dormir, al menos, un poco, recuerda que esta noche tu también tienes cena, y hace casi tres días que no duermes.

—Sí, ya lo sé, pero ahora me sería imposible dormir.

—Está bien, llámame a las cuatro, por favor no te olvides.

—Tranquila, no te preocupes y descansa.

Yo estaba bajo los efectos del *jet lag* y me era imposible dormir, a las siete tenía la cena que había organizado la mujer de uno de los ejecutivos americanos para que los acompañantes no nos sintiéramos solos. Michael me llamó a la habitación para decirme que me recogería a las siete menos cuarto, ya que cenábamos en los jardines del hotel, esperaba no quedarme dormida durante la cena. Deshice las maletas silenciosamente para no despertar a María, que se había tomado otro analgésico y una pastilla para dormir. Colgué el precioso vestido que me había comprado con tanta ilusión para la recepción de bienvenida, y que no pude estrenar, junto con el resto del equipaje. Me di una ducha y me preparé un café al que le añadí un poco de leche, cogí unas galletas y llevé todo sobre la mesa del balcón. Me senté cómodamente a tomar el café con las galletas mientras contemplaba el idílico paisaje. Gracias a Dios, la pesadilla había terminado. O eso creí yo, porque solo nos estaba dando una tregua. Afortunadamente, no podemos ver el futuro, de lo contrario no podríamos disfrutar del presente.

Más tarde bajé a dar un paseo por la playa privada del hotel, de arena blanca y aguas cristalinas, con un traje de baño negro que me hacía una bonita figura, un pareo estampado y unas chanclas a juego. Todo ello comprado para la ocasión. Estaba dispuesta a olvidar la

pesadilla del viaje y a disfrutar de mi estancia en esta isla de ensueño. De regreso hacia la habitación, compré dos piezas de fruta y un *yogurt* a precio de oro en la tienda del hotel para tomarlo en lugar del almuerzo, ya que la cena era a las siete y no estaba acostumbrada a cenar tan temprano.

A las cuatro llamé a María, el reparador sueño le había sentado bien y no le quedaba ni rastro del dolor de cabeza.

—¿Qué tal has dormido?

—Perfectamente, estoy como nueva. Voy a darme una ducha y a arreglarme, he quedado con Cristina a las cinco, que nos recogerá en el coche para llevarnos al embarcadero donde está atracado el Alii Nui.

—¿El Alii qué?

—El Alii Nui, el catamarán donde se celebrará la cena.

—¿Tan temprano?

—Es para poder ver la puesta de sol en cubierta antes de cenar.

—¡Hija, qué glamur! puesta de sol en altamar con cena incluida en un barco de lujo, parece de película.

—Es de película. Siento que no puedas venir, pero es solo para los socios y altos ejecutivos de la empresa, por eso Alexa, la mujer de Steven, ha organizado esta cena para vosotras —me dijo María mientras buscaba en el armario el vestido adecuado para la ocasión.

—¿Qué te parece este?

—Creo que es perfecto para esta noche. Lástima que yo no haya podido estrenar el mío que me compré con tanta ilusión para la recepción de bienvenida.

—No te preocupes, habrá más ocasiones. Esta noche te lo pasarás bien con las americanas —dijo María mientras buscaba los zapatos adecuados—. Son muy simpáticas, te gustaran. Además, vas con Michael. Por cierto, va a ser el único hombre.

—Bueno, mejor para él así no tendrá que rivalizar con nadie, porque el pobrecillo no es muy guapo.

—Qué mala eres.

—Es verdad, aunque es muy buen chico.

—Todo no se puede tener. ¿A qué hora pasará a recogerte?

—A las siete menos cuarto.

—¿Pues a qué hora es la cena?

—A las siete, pero es aquí en el hotel. Me ha dicho que es en el restaurante que está al lado de la piscina desbordante.

—Ah, claro, siendo aquí...

Hablábamos mientras se duchaba para ganar tiempo, tenía que arreglarse el pelo, vestirse y maquillarse, y no quería hacer tarde.

—¡Buf! Qué bien me he quedado, esta ducha me ha acabado de despejar. Mamá, ahora no te oiré con el secador.

—Tranquila, voy a poner la tele un rato.

Cuando salió del baño, aparte de arreglarse el pelo, ya se había maquillado. Se puso el vestido con unos zapatos de tacón alto a juego con un pequeño bolso, y se dio un toque final con Flores de Kenzo.

—¿Qué tal?

—Guapísima.

Me dio un beso y se fue. Estaba realmente preciosa. María tiene muy buen gusto para elegir sus *looks*. No tiene un estilo definido, pero siempre acertaba con sus estilismos. Ahora me tocaba a mí arreglarme para mi cita con las americanas.

Michael vino a recogerme con puntualidad británica, haciendo honor a su condición de caballero inglés. Gracias a su compañía, no me extravié por los laberintos del gran hotel que, más que hotel, parecía una ciudad. Necesitaba urgentemente coger referencias para no perderme. Cuando llegamos a los jardines donde se servía la cena, le dijimos al camarero que salió a nuestro encuentro que formábamos parte del grupo reservado por *lady* Hamilton. Él nos acompañó hasta una mesa donde había tres señoras de entre cincuenta y cinco a sesenta y pico de años, se levantaron para darnos la bienvenida con una amplia sonrisa.

—Hola, soy Alexa —me dijo una bella y esbelta mujer rubia—. ¿Tú debes ser la mamá de María, verdad?

—Sí, soy Antonia. Encantada de conocerte, Alexa. Él es Michael, el marido de Cristina.

—Hola, Michael. Encantada de conocerte.

—Igualmente, Alexa.

—¡Tu inglés es perfecto!, dijo Alexa, sorprendida.

—Soy británico.

—Claro, así se entiende.

—Mucho mejor que el mío —bromeé.

—Oh, querida, tu inglés es bueno, solo que tiene un simpático acento que me encanta. Yo estoy estudiando español, y ya quisiera que mi español fuera tan bueno como tu inglés. En Estados Unidos cada vez se habla más español, de hecho, con inglés y español podemos entendernos con casi todo el mundo, son los dos idiomas más hablados. Sin contar el chino, claro.

—Sí, pero el chino solo se habla en China, en cambio, el inglés y el español están muy extendidos.

—Cierto, querida.

—Hola, soy Diane, encantada de conoceros.

—Igualmente —contestamos Michael y yo al unísono.

—Y yo, Helen —dijo la tercera en un más que aceptable español—, encantada de conoceros.

—¡Ah! ¿Hablas español? —le dije sorprendida.

—Un poco —contestó Helen—, mi marido es argentino.

—¡Qué bien! Eso de tener el maestro en casa es una gran ventaja, como Michael que tiene a Cristina como su profesora de español.

—Claro, porque, además de ser gratis, puedes practicar todo el tiempo.

—Sí —dijo Michael—, pero, en mi caso, es Cristina quien se beneficia, ya que en casa hablamos inglés.

—Es normal, Cristina necesita tener un buen inglés para su trabajo, y para ti es más fácil adquirir el español viviendo en el país.

Como nos manteníamos en pie mientras hacíamos las presentaciones y cambiábamos impresiones, dije:

—Bueno, como parece que hemos sido los últimos en llegar, podemos sentarnos, ¿no?

—No —dijo Alexa—, falta Angie. ¡Ah, mira, ya viene! —dijo mirando hacia la derecha.

Ellas ya se conocían de años anteriores, los nuevos éramos Michael y yo. Esperamos a que llegara Angie para saludarla antes de sentarnos. Angie, que no llegaba al metro sesenta de estatura y estaba algo rellenita, era la más joven del grupo, aparentaba unos cuarenta y pocos años; tenía una larga y cuidada melena lisa de cabellos claros al igual que los ojos de un color indefinido y unas facciones suaves. Ella se sentó a mi derecha y Michael, a mi izquierda. En el centro, frente a mí, estaba Alexa, que aparentaba unos sesenta años muy bien llevados. Era la típica americana rica y con mucha clase, con media melena rubia de corte perfecto en el que se podía ver las manos expertas de un buen peluquero. Tenía los ojos de un azul clarísimo y una esbelta figura, a su edad aún conservaba una gran belleza. A su izquierda, frente a Angie, estaba Diane, de mediana estatura, abundante melena oscura y rizada que le rozaba los hombros. Tenía una cuidadísima piel bronceada, que realzaba con un escotado vestido amarillo y un vistoso collar de grandes cuentas marrones. De edad indefinida, más cerca de los sesenta años que de los cincuenta. Al otro extremo, frente a Michael, estaba Helen, que rondaba los setenta, era delgada y bajita, aunque no lo suficiente para pertenecer a la clase bonsái. De cabellos cortos y grises, con unos bellísimos ojos

verdes y una amplia y cálida sonrisa. Eran simpáticas y agradables, nada estiradas como se podría pensar dado a su alto nivel social y económico.

Me sentía muy bien con ellas, en armonía, parecía como si nos conociéramos de toda la vida. Debíamos estar en la misma onda, mi teoría es que nos sentimos bien con las personas que están en resonancia con las ondas que nosotros emitimos. En caso contrario, nuestro cerebro lo detecta y nos envía señales de malestar. Esto explicaría por qué conectamos con determinadas personas y con otras no. Bien, si mi teoría es cierta, debíamos estar en la misma resonancia de ondas, porque me sentía muy bien con ellas.

A los pocos minutos, vino el camarero con las cartas y unas botellas de vino tinto que había pedido Alexa. Mientras el camarero descorchaba una botella, Alexa dijo:

—He pedido vino tinto, si alguien lo prefiere blanco, se pide otra botella.

Supongo que lo decía por Michael y por mí, porque ellas ya se conocían y sabían sus gustos, nosotros éramos los nuevos y desconocía nuestras preferencias.

—Para mí está bien el tinto porque voy a comer carne, dijo Michael.

—Yo comeré pescado, pero prefiero el tinto aunque no sea lo correcto.

El camarero escanció el vino en nuestras copas, y dejó la botella sobre la mesa.

—Lo correcto es lo que a uno le gusta —dijo Alexa poniéndose en pie y cogiendo su copa—. Vamos a brindar por este feliz encuentro, deseando que se repita en los próximos años.

Todos levantamos nuestras copas que, al chocar, produjeron un agradable y musical sonido, que, según dicen, es el origen del brindis. El vino posee sabor, aroma y color, pero le falta música, por eso, al brindar, se chocan las copas para darle lo único que le falta. Poético, ¿verdad? Después, las llevamos a nuestros labios para saborearlo.

—¿Qué tal? ¿Os parece bien? —preguntó Alexa.

Todos aprobamos su elección.

—Es muy importante que vosotros lo aprobéis, porque en España tenéis vinos muy buenos —dijo Helen.

—Cierto —contesté—, pero este está buenísimo.

—Pues si todos lo aprobáis, pediremos otra botella.

Empezamos a mirar nuestras cartas, yo escogí una ensalada y un pescado que estaba muy bueno, y, aunque no recuerdo su nombre, sí recuerdo que me costó un ojo de la cara en aquel exclusivo hotel de estilo zen. Michael pidió también ensalada y un jugoso chuleton de carne wagyu, según los buenos *gourmets* la mejor carne del mundo, también conocida como *Japanese Black*, procedente de la ciudad de Kobe. Ellas también hicieron su elección, aunque no recuerdo lo que pidieron.

Las americanas eran cercanas y extravertidas, por lo que fue fácil entablar una agradable y fluida conversación. Angie, la más joven, sentada a mi derecha, me explicó que tenía dos niños de seis y ocho años, a los que había dejado al cuidado de sus abuelos y de una canguro.

—Los abuelos están encantados de tenerlos porque son unos niños muy buenos. Además, cuentan con la ayuda de una canguro para llevarlos y traerlos del colegio y otras actividades extraescolares.

Alexa no paraba de hablar de su nietecita de la que nos enseñó varias fotos, no me extrañaba que se la cayera la baba hablando de ella. La niña, de unos tres años, tenía unos bonitos ojos azules, heredados posiblemente de su bella abuela, y un cabello rubio rojizo ¡era preciosa!

—Felicidades por tener una nieta tan guapa —le dije—. ¿Tienes más nietos?

—No, es la primera. Pero ahora mi hija está esperando otro bebé.

—Qué bien, enhorabuena. ¿Saben ya el sexo? —pregunté.

—No, aún no, está de muy poco. Aunque les da igual; si es niño, ya tendrán la parejita, y si es niña, Megan tendrá con quien jugar, e irán a buscar un tercero. Quieren darle varios hermanitos a Megan. Mi hija siempre ha echado de menos no tener hermanos.

—Esto de los hijos es una lotería, nunca sabes qué es lo mejor. Que sean hermanos, no siempre garantiza que tengan una buena relación. Yo tengo dos hijas con solo dos años de diferencia y nunca se han llevado bien. Ahora viven bastante separadas: María en España y Laura en Australia. Bien mirado, esto es una ventaja, al estar tan lejos, no discuten. En casa de mis padres, buscando al niño, se juntaron con cinco chicas y hubo de todo menos aburrimiento. Y, aunque a veces era divertido, también teníamos nuestras disputas, sobre

todo, en el momento de colaborar con las tareas de la casa, que siempre había alguna que se escaqueaba.

—Entre el mismo sexo suele haber más roces, sobre todo, si son chicas —dijo Diane—. Yo tengo dos hijos, una chica y un chico que tienen muy buena relación. Ella está a punto de casarse, y él es oficial de marina y anda siempre por esos mundos de Dios.

—Claro, así tampoco tienen mucha oportunidad de discutir —dijo Michael—. Yo tampoco discuto con mi hermano; él está en Londres y yo, en Barcelona.

—Cierto —dijo Diane— que, al no convivir, hay menos roces; la convivencia no siempre resulta fácil, pero cuando los dos vivían en casa, nunca tuvieron problemas, y ahora que están separados se echan mucho de menos.

—Estarán en la misma onda —dije yo.

—A ver, a ver, ¿explícanos qué es eso de estar en la misma onda?

Y les expliqué mi teoría.

—¡Ah!, pues tiene sentido —dijeron—. Eso explicaría por qué te sientes a gusto con algunas personas y con otras no.

—El problema es que la familia no la eliges, te viene dada. En cambio, con las demás relaciones se puede elegir.

—Cierto, debe ser complicado convivir con dos personas que discuten continuamente por todo.

—Bueno, yo, al menos, no tengo ese problema —dijo Helen, que no tenía hijos, a pesar de haberlos deseado.

“Están verdes, dijo la zorra cuando no pudo coger las uvas”. Esa fue la táctica que empleo Helen para convencerse a sí misma de que, en parte, fue una ventaja no tenerlos.

—Hemos disfrutado mucho de nuestros sobrinos, sin la responsabilidad y el desvelo que conlleva ser padres. Y ahora que mi sobrina está esperando un bebé, me convertiré en tía abuela.

—Que bien —dije yo—. ¿Te apetece?

—Mucho, estoy deseando saber el sexo para comprarle cositas.

—Nosotros tampoco tenemos hijos —dijo Michael—, atacando a su jugoso chuletón—. Nunca nos lo planteamos, ambos tenemos empleos que nos obligan a viajar continuamente y no podríamos dedicarle el tiempo que un niño necesita, así que tenemos dos perros.

—Es una buena opción para los amantes de los animales, pero estos también necesitan cuidados, sobre todo, los perros que son muy dependientes. ¿Qué hacéis con ellos cuando estáis de viaje? —dijo Helen, que se sentía importante delante de sus amigas al poder hablar español con nosotros.

Pues, aunque Michael es inglés, hablaba un perfecto español. Lleva veinticinco años viviendo en España. Desde que conoció a Cristina, cuando estudiaba en Inglaterra, y decidió que era la mujer de su vida.

—Cuando estamos de viaje, los cuidan los padres de Cristina.

—Estupendo. ¿Y tú en qué trabajas, Michael? —preguntó Diane mientras se llevaba la copa de vino hacia los labios.

—Soy ingeniero de energías renovables.

—Ah, España es un buen país para obtener este tipo de energías. Con tanto sol... —añadió Angie.

—Sí, lo es. También somos pioneros en energía eólica, pero los intereses de los *lobbies* de las compañías eléctricas están frenando su avance. Estas compañías temen la competencia de las energías renovables y perder el control del mercado, esto hace que, a pesar de que España sea un país con grandes posibilidades de abastecerse con este tipo de energías solar y eólica, siempre están poniendo palos en las ruedas para entorpecer su implantación.

—Siempre ocurre igual, como dice mi marido. Es la ley del gallinero.

—¿La ley del gallinero? —pregunté curiosa.

—Sí, en Argentina se le llama así, porque el gallo que está arriba siempre se caga en el que está abajo.

Todos nos reímos a gusto con su ocurrencia.

—Me temo, Helen —dije yo—. Creo que es una ley universal que funciona en todo el mundo.

—Sí, desgraciadamente así es.

—Y tú, Antonia, ¿qué haces? —me preguntó Alexa—. Supongo que, aparte de algún *bobby*, ejerciendo de abuela como yo, porque presumo que tendrás nietos.

—Sí, los tengo, pero son mayores y viven en Australia. Olivia tiene veinte; Étienne, diecisiete y Rita, catorce. Así que dispongo de todo mi tiempo, me gusta mucho la jardinería, a la que le dedico gran parte de mi tiempo, viajo, escribo, pinto y canto en una coral.

—Qué interesante, eres una mujer muy inquieta y polifacética. ¿Nos podrías cantar una canción española?

—¡Ni loca! —dije—. Aunque me gusta cantar, como solista soy pésima, por eso estoy en una coral donde quedo disimulada entre las otras voces.

Entre risas, bromas y confidencias, llegó la hora de los postres; todos escogieron alguno menos yo, que me sentía saciada. Por la noche no suelo comer mucho, en casa, normalmente, mi cena es una fruta y un yogur, y esta noche me había pasado. Ellas pidieron diferentes clases de pasteles que compartirían, pues querían probar varios. Michael pidió una gran copa de helado de color verde, y las americanas insistían en que probara los pasteles.

—Este está delicioso, tienes que probarlo, Antonia —dijo Helen mientras hacía las divisiones y pedía un plato y unos cubiertos de postre extra al camarero.

—Y este también está buenísimo —dijo Alexa—, no te lo puedes perder. Mientras iban colocando pequeñas porciones en el plato extra a modo de degustación.

—Tienes que probarlos, son buenísimos —dijeron, acercándome el plato—. Ante tanta insistencia, y a pesar de que no me gustan mucho los pasteles, los probé, no quería hacerles un *desaire*.

—Al final, me va a pasar como a la hija de la madrastra, no he pedido postre y voy a tener más que vosotras.

—¡A ver, a ver. Cuéntanos eso de la hija de la madrastra. Nos encanta que nos expliques cosas de vuestra cultura. Un país con tantos años de historia como España debe de ser muy rico en leyendas y refranes.

—Sí, lo es. Y a mí me encantan los refranes y leyendas. Ahora estoy recopilando refranes que, a pesar de ser actuales, tienen su origen en la Edad Media. Tengo la intención

de editar un libro de refranes, para ello cuento con la colaboración de familiares y de amigos que me ayudan en mi búsqueda.

—¿Qué interesante!

—Bien, pues ahí va la hija de la madrastra. Cuentan que una señora que tenía una hija propia y dos de su marido, preparó un pastel y, al repartirlo, se dio cuenta de que había hecho corto. Les dio un trozo a cada una de las hijas de su marido y ninguno a la suya. Para que veáis que realmente os quiero, como no hay pastel para las tres, os lo he repartido a vosotras, y ahora vosotras de vuestro trozo le dais a mi hija la mitad. Con lo que al final la hija de la madrastra salió ganando.

Divertidas, se rieron mucho con la ocurrencia. Me lo estaba pasando en grande, pero el vino y los tres días que llevaba sin dormir empezaban a hacerme efecto. Tenía que hacer un gran esfuerzo para mantener los ojos abiertos, y deseaba retirarme. Ellas estaban descansadas y con ganas de seguir con la diversión, planeaban alargar la velada yendo a tomar unas copas. Lo que me faltaba; si bebía algo más, caería redonda.

—Siento no acompañaros, pero ahora estoy que me caigo de sueño, llevo tres días sin dormir y necesito descansar, podemos quedar para mañana por la noche.

—Claro, por supuesto. Ve, ve a descansar y quedamos para mañana —dijeron mientras se levantaban de la mesa.

—¿Dónde vais? —preguntó Michael—. Voy a acompañar a Antonia a su habitación y ahora vuelvo.

—Tranquilo, no hay prisa, te esperamos aquí.

Di gracias a Dios por no haberme dormido durante la cena, y agradecí a Michael que me acompañara, en las condiciones en las que estaba no hubiera sido capaz de dar con la habitación. Aprovechando la soñolencia que me provocó el vino, me acosté y me dormí mientras me duró el efecto del alcohol, después me desperté de repente, y acabé de pasar la noche en vela.

A altas horas de la madrugada, oí llegar a María, que, creyendo que estaba dormida, andaba descalza y sin hacer ruido para no despertarme. Al tiempo que yo me hacía la dormida, no quería obstaculizar su descanso con preguntas sobre cómo le había ido en la cena y cosas por el estilo, ya tendría tiempo de explicármelo mañana. Al día siguiente, se

levantó temprano, empezaba el trabajo. Harta de dar vueltas en la cama sin lograr dormir, me levanté yo también.

—¿Por qué te levantas tan pronto, mamá?, aprovecha para dormir tu que no tienes que trabajar.

—No puedo, anoche te oí llegar muy tarde. ¿Qué tal fue la cena?

—Ah, ¿pero no dormías?

—Qué va, me dormí un rato mientras me duró el efecto del vino que tomamos en la cena, pero luego me desperté y no he pegado un ojo en toda la noche.

—Vaya, yo pensaba que después de tres noches sin dormir, lo harías como un tronco, espero que no te duermas esta tarde, que hemos quedado con Cristina y Michael para ir a sobrevolar Molokai en helicóptero. Será impresionante ver los acantilados más altos del mundo a vista de pájaro, no te lo puedes perder. Una de las experiencias más alucinantes que he tenido fue cuando sobrevolé las Cataratas del Iguazú, y esta promete ser igual de espectacular. Te encantará, vendré a buscarte a la una, mira de estar preparada. Y Ahora me voy corriendo, que tenemos la reunión con la empresa a las nueve y antes he quedado con Cristina para desayunar. Luego ya hablaremos y te explicaré lo de anoche, y tú me cuentas cómo te fue en la cena, ¿vale? —dijo mientras salía por la puerta y dejaba tras de sí un rastro perfumado de Flores de Kenzo.

Pedí al servicio de habitaciones que me subieran el desayuno, y desayuné en el balcón de la habitación con la bonita vista de los jardines, que, entre las altísimas palmeras mecidas por una suave brisa, dejaba ver el mar al fondo de color aguamarina que se confundía con el horizonte. Estaba relajada y me sentía estupendamente, a pesar de que hacía tres días que apenas dormía. Qué excitante, pensé, sobrevolar Molokai. Era la primera vez que volaría en helicóptero, y me hacía mucha ilusión sobrevolar esa isla tan exótica, y ver los acantilados más altos del mundo a vista de pájaro. María, cuatro años atrás, había sobrevolado las Cataratas del Iguazú y quedó impresionada.

Era todavía demasiado temprano para ir a dar un paseo por la playa, por lo que decidí leer un rato el interesante libro *El verano del lobo rojo*, estaba casi llegado a su fin y tenía ganas de saber su desenlace. A las diez, decidí que era una buena hora para salir a dar una vuelta, cogí el ascensor para bajar a los jardines que tenía que atravesar para ir hasta la playa. En el

ascensor, me encontré con Alexa, vestida deportivamente sin perder ni un ápice de su elegancia. A su lado, me sentía insignificante.

—Hola, Antonia, ¿qué tal estás? ¿Has dormido bien?

—Estoy muy bien, pero apenas he dormido.

—Es normal, el efecto del *Jet Lag* a veces dura unos días. ¿Vas a la clase de yoga en la playa?

—Bueno, iba a la playa, pero no sabía que hubiera una clase de yoga.

—¡Ah, claro!, es verdad, tú ya te habías ido anoche cuando quedamos en ir. ¿Te unes a nosotras?

—Sí, ¿por qué no?

Años atrás, cuando vivía en Cerdanyola del Vallés, había practicado yoga en el gimnasio, pero nunca lo había hecho en la playa, y menos en Hawái. Qué exótico, pensé. Atravesamos el jardín y, al llegar a la playa, allí estaban Helen, Diane y Angie con la monitora.

—Hola, Antonia, qué bien que hayas venido, ¿cómo te has enterado? —me preguntaron.

—Por casualidad, me he encontrado con Alexa en el ascensor y me lo ha dicho.

—¿Estás bien? ¿Has podido dormir?

—Estoy perfectamente, aunque apenas he dormido.

—Bien, señoras, empecemos —dijo la monitora.

Fue una experiencia única en la que lo pasé muy bien. Tras la clase, nos hicimos dar un masaje en la misma playa; no quería perderme ningún lujo, bastante mal lo había pasado durante el viaje, ahora tocaba disfrutar. Después ellas se irían a jugar al golf.

—¿Vienes? —me preguntaron.

—No, daré un paseo por la playa y me iré, hemos quedado para sobrevolar Molokai en helicóptero y vendrán a recogerme pronto.

La verdad es que nunca había jugado al golf y hubiera hecho el ridículo. Yo pertenecía a otra clase social, y eso me sirvió de excelente excusa.

Me quedé en la playa a dar un largo paseo, la fina arena exfoliaba mis pies mientras las olas ejercían un suave masaje en mis tobillos. El agua cálida y transparente de un azul aguamarina, donde nadaban cantidad de peces de brillantes y llamativos colores, invitaba al baño. Caminé dentro del agua mientras pude tocar suelo, pero no me atreví a adentrarme nadando por temor a las corrientes submarinas; no soy una experta nadadora, y prefiero la seguridad de la piscina, luego nadaría un rato en una de las varias piscinas del hotel.

De regreso al hotel, vi que en el jardín junto a la playa estaban preparando mesas con manteles blancos hasta el suelo bellamente adornadas con flores frescas y lazos de organdí. A la derecha, había hileras de sillas con fundas blancas y también adornadas con lazos de organdí. Frente a la hilera de sillas, se alzaba una tarima baja de madera blanca precedida por un arco floral, en el que abundaban las perfumadas plumarias y los coloridos hibiscos, y un improvisado altar. Enseguida me di cuenta de que se trataba de la preparación de una boda por haberlo visto en las películas. Estaba viviendo en un mundo de lujo al que no pertenecía, pero era bonito. Me gustaba, estaba recuperando el glamur perdido en el viaje.

Subí las escaleras que conducían a las varias piscinas, algunas de ellas desbordantes y de distintos niveles de profundidad. Había una con un espacio donde el agua llegaba a media pierna, allí habían colocado hamacas para tomar el sol en remojo. Y también había otra adaptada para personas discapacitadas, a las que metían en el agua con una especie de grúa, e incluso había una donde se colocaban mesas para que los comensales comieran con el agua por la cintura. Extravagancias de millonarios que pude contemplar días más tarde. Alrededor de otra piscina, había pequeñas carpas individuales para las parejas que querían tener intimidad. En esas carpas, había dos hamacas, con blancos colchones de flecos y una mesita auxiliar donde se servía bebidas y fruta. Al pasar por el lado de la piscina de las carpas, una pareja joven me pidió que les hiciera una foto.

—Somos recién casados —me dijeron— es nuestra luna de miel, y queremos inmortalizarla.

—Disparé varias fotos para asegurarme de que alguna saliera bien, no soy demasiado buena en fotografía. Les devolví la cámara con una sonrisa, y les deseé felicidad en su nueva vida.

Qué bonito, pensé, al verlos tan jóvenes, guapos y felices. Retrocedí en mi mente casi cincuenta años cuando los jóvenes recién casados, guapos y felices éramos Francisco y yo.

Me quedé en una piscina desbordante cerca del bar, y me hice servir un poco de fruta. Nadé unos treinta minutos y subí a la habitación para arreglarme el pelo y vestirme con ropa sport y cómoda para la ocasión, quería estar lista para cuando vinieran a recogerme para ir a sobrevolar Molokai.

SOBREVOLANDO MOLOKAI

Algo antes de la una, me llamo María y me dijo que bajara a la entrada donde un coche del hotel nos llevaría al helipuerto. Cuando bajé al vestíbulo, María y Cristina estaban esperando.

—¿Y Michael? ¿No viene?

—Sí, aunque no le hace ninguna gracia. Ya debería estar aquí, voy a llamarlo para que baje.

El vuelo, que duraría una hora, tenía la salida a las dos. Al llegar al helipuerto, nos hicieron pasar a una sala donde nos proyectaron una película con las vistas aéreas que veríamos durante el vuelo mientras se nos explicaba las características de esa espectacular isla de bellos y altísimos acantilados. Sería alucinante poder contemplar desde el aire los

acantilados marinos más altos del mundo, donde, al chocar las olas en la base, se formaba una espuma blanca y el agua se tornaba de un bellissimo azul glacial. Estaba deseando verlo en directo. Si proyectado ya era una pasada, a vista de pájaro sería una maravilla. Cuando finalizó la presentación y se nos pidió que nos dirigiéramos hacia el helicóptero, Michael estaba blanco como la leche, le daba pánico este tipo de vuelo debido a su vértigo. Cuando viajaba en avión, siempre escogía los asientos centrales. Al contrario que yo, que prefiero la ventanilla para distraer mi claustrofobia.

Al llegar al pie del helicóptero, el piloto, un simpático y atlético nativo de unos treinta y pocos años, nos dio la bienvenida y nos deseó que disfrutáramos del vuelo.

—Mejor me quedo y os espero aquí —dijo Michael en el momento de subir al helicóptero equipado con su cámara de video.

—Pero no seas bobo —le dijo Cristina—. ¿Ahora te vas a echar para atrás? ¿No ibas a hacer un video?

—Te doy la cámara y lo haces tú —le dijo.

—Ni pensarlo; yo haré las fotos y tú, el video, como habíamos quedado. Anda, sube.

Pobre Michael, estaba descompuesto, pero, armándose de valor, subió. Me cedió la ventanilla, se sentó a mi lado para estar más en el centro. Yo estaba encantada, no quería perderme ni un detalle de las impresionantes vistas. Hasta ahí, es todo lo que puedo recordar, ya que antes de que despegara el helicóptero ya me había dormido. Según me dijeron después, el piloto, del que estaba separada solo por dos asientos, al verme cabecear, se dirigía a mí por mi nombre, haciéndome preguntas y comentarios para que despertara, y yo ni siquiera me enteré. Michael, para olvidar su miedo, se distrajo grabándome; se suponía que tenía que grabar los acantilados, no a mí. Esto, aparte de distraer su miedo, le sirvió de excusa para no mirar hacia abajo. También María y Cristina me sacaron algunas fotos para dejar constancia y yo más tarde las obligué a borrar, pues no me gusta que me saquen fotos, y menos durmiendo. Así fue mi idílico y deseado vuelo en helicóptero sobre los altísimos acantilados de Molokai por lo que pagué una pasta. Estaba de un humor de perros, este viaje, en el que me había gastado mucho dinero y del que me había hecho tantas ilusiones, me estaba saliendo todo al revés.

—¡Qué rabia!, con la ilusión que me hacía la experiencia de volar en helicóptero y sobrevolar los acantilados de Molokai, y no he visto nada. No lo entiendo, con las veces que fuimos a Australia tu padre y yo y nunca tuve *jet lag*.

—Sí, pero nunca estuviste tres días sin dormir, yo me lo temía. Pero bueno, los viste en la película de presentación que nos pasaron. Es exactamente igual que lo que vimos —me dijo María para consolarme.

—Sí, pero no es lo mismo, me perdí la aventura y emoción de vivirlo en directo. No lo entiendo, nunca tuve *Jet Lag* cuando viajábamos a Australia, y ahora ¡zas! Voy y me duermo.

En mi frustración no hacía más que repetirme.

—Ya, mamá, pero es que este viaje ha sido horroroso, la tensión sufrida no te ha dejado dormir en tres días, y llevabas mucho sueño atrasado. De todas formas, no te preocupes que todos los días hay una excursión a Molokai. Esta noche compraremos los billetes del ferri que sale de Lahaina.

—Sí, pero no será lo mismo que verlo desde el aire, y, además, me hacía tanta ilusión volar en helicóptero...

—¡Mamá, no podemos hacer nada! ¡Te has dormido!, habrá más ocasiones. Ahora lo que tenemos que decidir es si alquilamos un coche en Molokai o compramos los pasajes del ferri con la excursión guiada.

Sabía que María tenía razón, y me estaba comportando como cuando una niña coge una pataleta al no conseguir lo que quiere, e intenté cambiar de actitud disimulando mi decepción.

—Bueno, esta noche, cuando compremos los billetes, preguntamos las opciones que hay y lo decidimos. ¡Ah!, y, por favor, borrar las horrosas fotos que me habéis hecho en el helicóptero.

—¡Pero si has quedado muy guapa! —dijo Michael con sorna, contento de haber sobrevivido al vuelo. Y, no te preocupes, no eres la única que no has visto los acantilados desde el aire, yo tampoco.

—Ya, pero tu es porque no has querido, ¿estabas muy ocupado filmándome a mí, verdad? Vaya desperdicio de excursión —dije sin poder contener la rabia.

Volvimos al hotel para cambiarnos de ropa y arreglarnos, de haber ido a cenar a un sitio más informal, podíamos haberlo hecho con la ropa de la excursión. Pero querían llevarme a cenar a un sitio bonito para compensarme de la frustración del vuelo en helicóptero.

—Ponte guapa, mamá, que vamos a ir a un sitio precioso.

—¿Qué te parece este vestido con estos zapatos?

—¡Tampoco te pases!, es demasiado elegante; guapa pero más informal y cómoda para poder pasear por sus jardines y el bosque de cocoteros, me han dicho que es precioso, incluso tiene playa privada. Espero que podamos cenar porque está muy recomendado y si no se hacen las reservas con antelación, a veces no hay sitio.

—Con la mala racha que tenemos, seguro que no encontramos mesa.

—Va, no seas negativa, mamá, no te reconozco.

María tenía razón, yo no soy una persona negativa. ¿Qué me estaba pasando? Tenía que cambiar el chip.

Llegamos al restaurante a las seis de la tarde y estaba todo lleno. Mama's Fish House, especialistas en pescados y mariscos, es un sitio alucinante, es de visita obligada si vais a Maui. Pero, sobre todo, reservar con antelación porque nosotros, a pesar de que pudimos cenar, tuvimos que esperar una hora a que nos dieran mesa. No nos importó esperar, casi lo preferimos porque no estamos acostumbrados a cenar tan temprano, y como no hay mal que por bien no venga (menos mi vuelo en helicóptero), esto nos permitió pasear por sus maravillosos jardines y su bosque de cocoteros antes de cenar, y contemplamos una impresionante puesta de sol.

Nos dieron una mesa en el exterior con vista al mar. El jardín apenas estaba iluminado para no causar contaminación lumínica que impidiera ver las estrellas, solo unas cuantas luces colocadas estratégicamente entre las plantas y unos vasitos con velas sobre las mesas, desde donde pudimos ver una enorme luna que se reflejaba sobre el mar y dejaba una brillante estela de luz blanca sobre sus quietas aguas. Y, al estar tan cerca de la playa, podíamos oír el rítmico y relajante sonido de las olas como música de fondo. El agradable paseo y la perspectiva de una buena cena de pescado, en un bonito entorno y en buena compañía, mejoraron mi ánimo.

Un amable y sonriente camarero nos trajo las cartas. Le pedimos que nos trajera unos cócteles para tomarlos mientras elegíamos los platos y esperábamos que nos sirvieran.

—Un momento, señores, que les traeré la carta de los cócteles.

—No, no es necesario, preferimos que tú nos aconsejes.

—Si no tienen que conducir, yo les aconsejaría el Mai Tai, que por su alto contenido alcohólico es algo fuerte, por lo que se recomienda beberlo a pequeños sorbitos para disfrutar su delicioso sabor.

Como no teníamos que conducir, ya que el servicio de coches del hotel nos vendría a recoger, decidimos probar el Mai Tai.

Tras la recomendación, nos aclaró que, a pesar de su nombre de procedencia tahitiana, fue creado en Estados Unidos en la década de los años cuarenta, y se convirtió en el cóctel favorito de los estadounidenses. Sobre todo, después que Elvis Presley apareciera bebiéndolo en Hawái. Y aunque dos norteamericanos se disputaban su creación, parece cobrar más peso la versión de Tredner Vic, que aseguraba haberlo creado para dar la bienvenida a unos amigos de Tahití que fueron a visitarlo. Uno de ellos, al probarlo, exclamó: *¡Maitai roa!* que significa “Lo mejor” y realmente es lo mejor. Les gustará.

Le agradecemos su explicación, sobre todo yo, que soy muy curiosa y me gusta mucho conocer otras culturas y el origen y significado de las cosas. El cóctel de color rojo debido a la granadina y servido en una gran copa redonda resultó ser realmente delicioso y no nos defraudó, eso sí, a mí me puso un poco alegre. ¡Falta me hacía! Estaba en ese estado que parece flotar, y me había hecho olvidar mi disgusto de no poder ver desde el aire los acantilados de Molokai. Ahora ya sé por qué mucha gente dice que bebe para ahogar sus penas. Aunque a Frida Kalho esto no le funcionó, porque decía que sus penas habían aprendido a nadar.

Nos iba a resultar difícil la elección entre tan variada y exquisita oferta. Después de repasar la carta varias veces por no conocer el nombre del pescado que allí se ofrecía, finalmente, me decidí por Mahi-mahi, relleno de gambas con costra de frutos secos y salsa de mango, me pareció muy exótico. María eligió *Crusted pork*, con nueces de macadamia y *grilled Kauai prawns*. Cristina se dejó seducir por la foto de *Papa's Three Fish Sashimi* que acompañaba la carta, se trataba de *Ono* con *calamasi citrus* y sal marina rosa de Molokai. El nombre del plato escogido por Michael era fácilmente descifráble, *Lobster Guacamole*, y para acompañar los platos, un vino espumoso de piña que nos recomendó el metre. Aunque yo solo lo probé, no estoy acostumbrada a beber y el exceso de bebida podría estropearme la noche.

Mientras degustábamos aquel delicioso cóctel y esperábamos a que nos sirvieran los platos elegidos, quise saber cómo les había ido la noche anterior en la gran cena con la que el amo de la compañía los agasajó.

—Pues, como siempre, llena de derroche y glamur. Aunque, pobrecitos millonarios, también tienen sus problemas.

—Sí, claro, nadie se libra de los problemas, pero el dinero facilita las cosas.

—Antonia —dijo Cristina con cara de circunstancias—. Pero los problemas de este hombre son muy graves.

—¿Pues qué le pasa?

—Explícaselo tú, María.

—Veras, mamá, se trata de su hijo.

En aquel momento me temí lo peor, pobre hombre si su hijo padecía una grave enfermedad; el dinero en estos casos no sirve de nada, y yo como madre comprendí el dolor del pobre billonario, que por más dinero que tuviera, no podía comprar la vida de su hijo.

—Pobre muchacho, ¿qué le pasa? ¿Alguna enfermedad grave?

—No, se trata de que se acaba de comprar una casa preciosa, tipo mansión, con bosque incluido y un jardín alucinante. Y ese es el origen del gran problema. Se ha hecho construir una piscina lo más parecida a un lago natural donde el agua cae de unas rocas en forma de cascada y las hojas de los árboles le ensucian el agua de la piscina, lo que resulta ser una tragedia para el pobre chico.

—¿¡Qué!?! ¿Me estáis tomando el pelo?

—No, en serio, mamá, para ellos es una tragedia.

—Pues esa tragedia tiene fácil solución: sin mansión, ni piscina, ni árboles que se la ensucien, problema resuelto. Que viva en un pisito de cincuenta o sesenta metros o en un estudio, como la afortunada minoría de los chicos de su edad. Porque la mayoría ni eso se pueden permitir, y tiene que vivir todavía en casa de sus padres, o compartiendo piso con otros compañeros para repartir gastos. ¡Será posible! Ya le daría yo para ir pasando a ese niño de papá. Con diez horas de trabajo diarias y un pequeño pisito que al no tener piscina

no le daría problemas. Al principio, me habíais asustado, pensaba que se trataba de algo grave.

—Mamá, al que nace envuelto en sedas y camina sobre pétalos de rosa, cualquier pequeña contrariedad se convierte en un drama.

—Pues peor para él y para los que se lo dan todo hecho, no le están haciendo ningún favor. Los que no saben lo que cuesta conseguir las cosas no las valoran ni saben apreciarlas. A mí, como todo me ha costado mucho esfuerzo, cualquier logro conseguido lo valoro muchísimo. Y como no lo tengo todo, soy feliz porque siempre tengo algún deseo por cumplir, y me ilusiono con la idea de conseguirlo. A ellos, en cambio, se los está privando del placer que se siente al alcanzar un objetivo o un deseo largamente perseguido. Un coche, un viaje, una casa...

—Tienes razón, mamá. Cuando nos explicó el gran problema, tuvimos que hacer un gran esfuerzo para no reírnos. ¿Y a vosotros cómo os fue en la cena con las americanas?

—Genial, son muy simpáticas, una de ellas habla español.

—Sí, Helen, la mujer de Carlos, que es argentino. Ellas se conocían de años anteriores.

—Sí, ya nos lo dijeron, y cuentan con nosotros en los próximos años. Después de cenar, siguieron la juerga y se fueron de copas, pero a mí el vino me empezó a hacer efecto y me retiré. Suerte que Michael me acompañó a la habitación, si no, no hubiera dado con ella.

—Gracias, Michael —dijo María.

—De nada, la pobre no se aguantaba de sueño, no podía dejarla. Después yo me uní a ellas hasta las tantas, llegué a la habitación media hora más tarde que Cristina.

—Este se está desmelenando —dijo Cristina.

—Para mí, son vacaciones —contestó Michael—. Ya me pondré las pilas cuando vuelva a España.

La noche era suave; el entorno, idílico y la compañía, inmejorable. No se puede pedir más, pensé. Atrás había quedado mi frustración, no podía permitir que esa contrariedad me impidiera disfrutar de ese maravilloso momento. Seguramente habría más momentos maravillosos en mi vida, pero cada uno es único y hay que disfrutarlo cuando llega. Los buenos momentos son como el agua de un río: cuando pasan, no vuelven.

Antes de que nos sirvieran la cena, fui al servicio más por curiosidad que por necesidad, quería explorar el interior del aquel precioso restaurante al que posiblemente no volvería. Atravesé uno de sus salones, cuyas paredes de bambú estaban cubiertas por fotografías de actores y actrices de cine y de teatro, cantantes, deportistas de élite, políticos, escritores, diseñadores, modelos y un largo etcétera de gente famosa. Todo en ese bonito restaurante era acogedor, como los habitantes de sus islas, y de un gusto exquisito. Las mesas cubiertas con manteles azules de estampados hawaianos, la cuidada presentación de sus platos, las plantas y las flores distribuidas estratégicamente y las velitas decorando las mesas lo impregnaba todo de espíritu hawaiano, y le daba, a la vez, ese lujo equilibrado y acogedor que tanto me gusta. Ni la simplicidad y frialdad del minimalismo zen, ni el excesivo y excéntrico lujo de Las Vegas, o de los emiratos árabes que de tan ostentoso resulta hortera.

Cuando volví a la mesa, el camarero estaba sirviendo; los platos eran grandes, de loza, decorados con graciosos peces de colores. Tomé asiento frente al mío mientras el camarero descorchaba la botella del espumoso de piña y nos sirvió en las copas esperando nuestra aprobación.

—Distinto, pero muy bueno —dijimos.

—Perfecto, espero que lo disfruten.

Y lo disfrutaron, yo solo lo probé por curiosidad, el cóctel ya me había puesto contenta, y tengo que decir que para acompañar la comida, prefiero el vino, mejor si es tinto. Y de los espumosos, el cava. Como los platos eran tan distintos a lo que estábamos acostumbrados, los quisimos compartir para probarlos todos, intercambiando pequeñas porciones.

—Probad esto —dijo Cristina—, pasándonos una pequeña porción a cada uno de su plato, yo también les pasé una porción del mío al igual que hicieron María y Michael. Todo estaba buenísimo, hasta María, que no es muy aficionada al pescado, lo encontró delicioso. Al finalizar nuestros riquísimos y exóticos platos, y mientras el camarero retiraba el servicio, nos dejó la carta de los postres. ¿Cuál elegir? Todos parecían tan buenos que la elección se hacía difícil. María, que no se puede resistir al chocolate, lo tuvo claro en cuanto vio La perla negra. Se trataba de la fruta de *Lilikoi*, recubierta de *mousse* de chocolate negro, servida en una concha de pasta crujiente simulando una ostra. Cristina y yo también nos dejamos seducir por La perla negra, Michael, después de muchas dudas, eligió *Hawaiian lemon cheesecake*. Tanto la elección del restaurante como la de los platos fue acertadísima y resultó una experiencia inolvidable en la que yo seguramente habría ganado un kilo.

Le habíamos dicho al chofer del hotel cuando nos llevó al restaurante que nos pasara a recoger a las nueve y media, y volvimos al hotel. Yo lo hice mucho más contenta de lo que había salido.

—Cristina —dijo María—. Mamá y yo vamos a recepción, queremos comprar los pasajes del ferri para ir a Molokai el sábado, que ya habremos acabado el trabajo con la empresa.

—Acabamos el jueves —dijo Cristina.

—Sí, pero el viernes tendremos que hacer el traslado a otro sitio —contestó María—. Nosotras nos quedamos una semana más y este hotel resulta carísimo, tengo que empezar ya a buscar algo para el viernes. ¿Qué vais a hacer vosotros?

—Habíamos pensado ir a Molokini el viernes a hacer *snorkel*, queremos ver las tortugas verdes. Pero tienes razón, este hotel resulta demasiado caro, y total solo vendremos a dormir. Nosotros nos vamos a quedar diez días más, será mejor que también busquemos algo más barato.

—Yo empezaré esta noche a buscar alojamiento; el viernes nos instalamos, nos relajamos en la playa, y el sábado vamos a Molokai.

—Podríamos buscar algo por la misma zona y alquilar un coche a medias. ¿Qué te parece, Michael?

—Lo que vosotras digáis, estoy en minoría. No me opongo a la decisión de tres mujeres.

—Vamos, vamos, no te hagas la víctima, cualquier hombre estaría contento de gozar de la compañía de tres estupendas mujeres como nosotras.

—Modestia aparte, se nota que no tenéis abuela.

—Yo había pensado en un apartamento en la playa; después de estos días tan intensos de trabajo, me apetece descansar, bañarme y tomar el sol —dijo María.

En recepción nos dijeron que ellos se ocuparían de adquirir los pasajes del ferri, y también de la excursión guiada si escogíamos esa opción. Aunque con la excursión era algo más caro, entraba el desayuno y la comida, y nos ahorrábamos el alquiler del coche. Así que nos decidimos por el pasaje con la excursión guiada incluida por creerla más interesante. El

hotel también se cuidó de gestionar la excursión a Molokini de Cristina y Michael. Este hotel era carísimo, pero gestionaban todo y tenían un servicio de coches de lujo para llevarte adonde les pidieras, sin cargo alguno. Es verdad que el dinero no puede comprarlo todo, pero facilita mucho la vida.

Antes de subir a la habitación, pasamos por la tienda del hotel para comprar yogures, frutas, tostadas integrales y mermelada. María y Cristina hacían el desayuno y el almuerzo en los comedores del hotel por cuenta de la empresa, pero yo prefería hacerlo en la habitación, porque, a pesar de que en la tienda del hotel era todo muy caro, resultaba bastante más económico que desayunar y almorzar en los distintos comedores del Andaz. La otra razón es que no me gustaba bajar sola a comer. La comida, además de ser una necesidad, es un acto social, un placer que me gusta compartir con personas afines o que quiero. Este placer lo reservaba para la noche, que salíamos los cuatro a cenar a cualquier sitio para descubrir y probar la gastronomía de la isla.

En cuanto subimos a la habitación, me puse el pijama, me senté cómodamente y encendí la tele para ver una película. María también se puso cómoda.

—¿Quieres un café, Mamá?

—No, gracias, necesito dormir y el café me desvelaría.

—Puedes tomarlo descafeinado.

—Sí, pero no es igual. A mí me gusta el café recién hecho y con cafeína, el soluble y el descafeinado no me gustan. Tomaré una infusión que me ayude a dormir.

—A mí me gusta todo y además no me quita el sueño, estoy segura de que dormiré como un tronco —dijo María mientras se dirigía hacia el hervidor para calentar el agua y prepararse un café soluble. Después abrió el ordenador con la intención de buscar alojamiento mientras bebía el café a pequeños sorbos. El viernes teníamos que dejar el hotel, nos habían hablado muy bien de Kihei, por lo que María empezó a rastrear la zona. Kihei había ganado en 2013 el título de *Best Town to Live*.

Además de cuatro supermercados e infinidad de centros comerciales, tenía un interesante mercado al aire libre todos los días donde se podían comprar verduras de los agricultores de la zona, exóticas frutas, artesanía local hecha por los nativos y objetos de regalo.

—Mira, mamá, he encontrado unos apartamentos en Kihei, tienen una habitación, un baño, una cocina-comedor y una terraza con acceso directo a Sugar Beach⁷. ¿Qué te parece? ¿Quieres ver las fotos? —dijo levantándose de su asiento en el amplio escritorio para acercarme el ordenador.

—Sí, claro —le dije apartando la vista de la pantalla del televisor—. Oh, están muy bien, ¿y dices que la playa esta cerca?

—Enfrente mismo.

—Sí, pero por la zona en la que están, deben ser caros.

—¡No, qué val una semana nos cuesta algo más que una noche en el Andaz.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes.

—Pues me parece perfecto, además nos podemos hacer la comida y los bocadillos cuando vayamos de excursión.

Yo, como siempre, mirando por mi economía. Pues, aunque los días que estuvimos en el hotel no tuve que pagar la estancia, con las excursiones, los desayunos, las comidas, las cenas en restaurantes, el frustrado vuelo en helicóptero y los billetes de avión en clase *Business* había gastado mucho dinero. Por lo que si ahora podíamos comer en el apartamento, le iría muy bien a mi debilitado bolsillo.

—Pues voy a llamar a Cristina y si ellos quieren, haré la reserva de dos apartamentos.

Dejando nuevamente el ordenador sobre el escritorio, marcó en el número de la habitación de Cristina, contestó Michael.

—Michael, he encontrado unos apartamentos en Kihei frente a Sugar Beach y nosotras vamos a coger uno, quería saber si estáis interesados.

—Creo que sí, pero habla con Cristina, espera un momento que ahora te la paso.

—Dime, María.

⁷ Playa de azúcar.

—Acabo de encontrar unos apartamentos frente a Sugar Beach en Kihei, están muy bien de precio, una semana nos cuesta solo algo más que una noche en el Andaz. Yo voy a hacer la reserva para nosotras, y quería saber si vosotros estáis interesados.

—¡Sí, claro! ¿Me das la dirección o el teléfono para hacer la reserva?

—Si quieres, la hago yo al hacer la nuestra. Mira, ahora te mando el enlace para que veas las fotos del apartamento y su entorno, tiene una habitación, un baño, una cocina-comedor con sofá cama, televisor y una terraza con vistas a la playa que es preciosa. Mirarlo y si os gusta, me llamas para hacer la reserva, no tardéis que quisiera hacerla esta noche.

—De acuerdo, te llamo en diez minutos.

Mientras esperaba la respuesta, María entró en la página de alquiler de coches, queríamos alquilar uno para hacer las excursiones por nuestra cuenta, y si Cristina y Michael estaban cerca, podíamos utilizarlo los cuatro y compartir gastos.

Estaba mirando la página de alquiler de coches cuando llamó Cristina.

—Oye, María, que sí, que nos gusta, ya puedes hacer nuestra reserva también y mañana por la tarde podemos ir a verlos y explorar la zona. ¿Qué os parece?

—Perfecto, he pensado también que, ya de paso, podría alquilar un coche para las excursiones.

—¡Buena idea!, pero que sea un todoterreno, que para hacer la carretera de Hana y la subida al Haleakala nos irá mejor. Aunque sea algo más caro, entre los cuatro nos sale a cuenta.

—Vale, pues ahora mismo lo hago todo, estaba mirando las páginas de coches de alquiler cuando llamaste.

María hizo las reservas *online* de los dos apartamentos y de un todoterreno, y pagó con American Express.

—Ya está, problema resuelto —dijo al acabar—. Y ahora me voy a dormir que mañana tengo que madrugar.

—¿Apago la tele?

—No, no me molesta, me pongo tapones y un antifaz y dormiré como un tronco.

Se lo agradecí, ya que la película que estaba viendo me gustaba, se trataba de *Molokai: The Story of Father Damien*.

Esta película belga de 1999 y protagonizada por David Wenham, Peter O'Toole y Sam Neil está basada en hechos reales. También hay una versión española de 1959 interpretada por Javier Escrivá. La película nos cuenta las dificultades que tuvo el padre Damián en Molokai al cuidado de los leprosos, y que acabaría muriendo de lepra. Más tarde fue canonizado como San Damián.

Una amiga de María, que es dermatóloga especializada en lepra y que cada año pasa unos meses prestando sus servicios desinteresadamente en los países donde la enfermedad de Hansen todavía no está erradicada, nos habló de la leprosería en la península Kalaupapa de Molokai, donde todavía vive una pequeña comunidad de leprosos ya curados de edad avanzada que decidieron quedarse allí.

La película, además de ser muy interesante, me brindaba mucha información sobre la ejemplar vida del padre Damián, hasta ahora desconocido por mí. Y me mostraba con antelación los altísimos acantilados y los bonitos rincones de la isla que íbamos a visitar.

Cuando acabó la película, María ya hacía rato que dormía, pero yo todavía no tenía sueño, así que leería un rato antes de apagar la luz. Con la lectura se me empezaron a cerrar los ojos, finalmente, pude dormir con normalidad.

Al día siguiente, me desperté cuando se levantó María, aunque me quedé en la cama viendo las noticias en la tele hasta que ella se fue. Se dio una ducha rápida para acabar de despertarse y empezar el día despejada. Desayunaría con Cristina en una de las cafeterías del hotel, y tomaría un café bien cargado antes de empezar la jornada de trabajo. Según María, una soporífera reunión en la que, en vez de simplificar e ir directamente al grano, se divagaba muchísimo. Afortunadamente, mañana sería el último día de trabajo, después tendríamos toda una semana por delante para disfrutar de las paradisíacas playas y visitar los lugares más emblemáticos de la isla, ya que estos días de trabajo estábamos más limitadas. No me quejo; si no fuera por el trabajo, no estaríamos aquí, y anoche lo pasé muy bien con la estupenda cena en el bonito restaurante Mama's Fish House, y con el cóctel Mai Tai que me hizo flotar por las nubes. De no ser por el *jet lag*, pudo haber sido un día perfecto.

Cuando María se fue, seguí viendo la tele mientras practicaba los ejercicios de recuperación de mi lesión de rodilla. En mayo me había roto el menisco y los ligamentos de la rodilla izquierda, y estuve un mes en silla de ruedas, lo que me hizo perder musculatura. Al dejar la silla de ruedas, mis piernas parecían de plastilina, y, a pesar de mi constitución menuda, pertenezco al colectivo bonsái, no me aguantaban, por lo que estuve casi otro mes con muletas. Pero gracias al buen hacer de mi médico y a mi tenacidad, estaba totalmente recuperada sin siquiera tomar fármacos ni pasar por el quirófano. Desde aquí, quiero dar las gracias a mi querido amigo, el doctor Josep Vergés, que me puso en contacto con el eminente doctor Jordi Montfort del Hospital del Mar, quien me tuvo a su cargo y al que le debo mi total recuperación. Me recomendó reforzar la musculatura para poder empezar a andar sin ayuda de las muletas e impedir pasar por el quirófano. Para ello, me aconsejó una serie de ejercicios que tenía que hacer dos veces al día, y nadar, como mínimo, treinta minutos diarios para ir recobrando la musculatura perdida. Y, una vez recuperada, empezar a andar diez o quince minutos diarios hasta llegar a una hora.

—¿Me recuperaré del todo, doctor? —le pregunté angustiada, pues soy muy activa y temía quedarme con la movilidad reducida.

—Estas cosas son lentas, pero tienes a tu favor que eres menuda y estás delgada; y si eres constante, dentro de un año estarás totalmente bien.

Solo habían pasado seis meses y estaba totalmente recuperada, me lo tomé tan en serio, que en vez de hacer los ejercicios dos veces al día los hacía tres: una tanda por la mañana, otra al mediodía y otra por la noche. También me pasaba de una a dos horas diarias en la piscina cada día, casi me salen escamas como a los peces. Mi esfuerzo se vio recompensado y pronto empecé a andar, a subir y a bajar escaleras. Al principio, me costaba un poco bajarlas, y siempre tenía que hacerlo con la pierna lesionada, ahora lo hago con total normalidad. Antes de emprender el viaje a Maui, tuve una visita con el Dr. Monfort que se sorprendió al verme tan recuperada, y me dijo que de haber un premio instaurado al mejor paciente, sin lugar a dudas lo hubiera ganado yo. Y a título personal me nombró la mejor paciente del año. A pesar de mi rápida recuperación, no quería bajar la guardia por temor a una recaída. Como prevención, sigo haciendo los ejercicios cada día, pero ahora solo dos veces, practico natación y camino una hora diaria como mantenimiento.

Al acabar los ejercicios, me levanté; ya hacía rato que habían terminado los informativos y estaban dando un programa de ventas. Todo lo que vendían eran productos milagrosos. Unos aparatos para hacer ejercicio cómodamente en casa y que en cuatro días te convertían

en una modelo, unas cremas rejuvenecedoras que en una semana te quitaban diez años, etc., y todo a unos precios irresistibles de una promoción que había que aprovechar antes de que se acabara la oferta. ¡O sea, ya! De haber sido en español, habría apagado la tele. ¡Cómo podía haber gente que se creyera esas cosas tan absurdas!, pero debe haberla; de lo contrario, no existirían estos programas. No la apagué, quería seguir escuchándola para habituar mi oído a otro acento. Estaba acostumbrada al inglés británico y al australiano, y esta era una buena ocasión para ampliar mis conocimientos de inglés con acento americano. Así que seguía oyendo las maravillosas ofertas de productos milagrosos a precios de ganga. Mientras me preparé un café soluble con cafeína, a pesar de que no me gusta mucho, ya que por la mañana necesito una dosis de cafeína para funcionar.

Después salí a desayunar al amplio balcón para disfrutar de las bellísimas vistas que desde allí se podían contemplar, era un lujo al que no quería renunciar y me sentía una privilegiada. Tras el desayuno, leería un rato antes de salir a hacer mi caminata diaria por la playa y nadar un rato en una de las piscinas del hotel. Me preparé otro café que iría tomando a pequeños sorbitos mientras leía. Había pasado casi una hora cuando entré a ponerme el traje de baño, el pareo y las chancletas. Cuando salí al balcón a retirar la taza de café y el libro, vi un gran despliegue de empleados trajinando con mesas y sillas que fueron colocando dentro de una piscina. Mi curiosidad me retuvo, quería saber qué estaban haciendo con las mesas dentro del agua. ¿Sería un nuevo deporte?, mi curiosidad iba en aumento, no me iría hasta ver en qué acababa todo eso. Fueron uniendo las mesas hasta formar una sola, bastante larga, y colocaron las sillas a ambos lados. Después vinieron unas camareras, que acabaron de arreglar la larga mesa con manteles blancos y pequeños adornos florales en el centro y a lo largo de toda la mesa. No entendía nada, no era posible que alguien quisiera comer dentro de una piscina.

Estos hoteles tan pijos se las inventan todas para sorprender a sus millonarios y excéntricos clientes que, como lo tienen todo, necesitan nuevas experiencias que los sorprendan para ser felices. Por lo visto, ahora lo último era almorzar en remojo como los garbanzos; como durara mucho el almuerzo o hicieran una larga sobremesa, les quedaría la piel arrugada como un globo desinflado. Allá ellos con sus estúpidas modas, pensé. Satisfecha mi curiosidad, pero perpleja por lo que acababa de ver, salí a hacer cosas normales, como caminar por la playa y darme un chapuzón. Claro que esto no tenía ningún glamur, yo era demasiado normal para ser glamorosa. Solo los genios son excéntricos y los ricos glamorosos, y yo no pertenezco a ninguno de estos dos grupos. Así que acompañada

de mi normalidad, pero feliz, me fui a la playa en la que me hubiera gustado nadar, pero por temor a las corrientes submarinas prefería hacerlo en la seguridad de la piscina. De hecho, allí no se ve a nadie nadar mar adentro, la gente solo está en la orilla o hasta tocar tierra. Y si ellos que conocen estas aguas no se aventuran, no lo iba a hacer yo que soy una inexperta nadadora.

A las dos, tras una pausa para comer, María y Cristina acabaron el trabajo. Yo había tomado una fruta y un yogur, y bajé al *hall* para reunirme con ellas, donde me encontré con Michael. Tras cinco minutos de espera, aproveché para explicarle a Michael lo que había visto mientras llegaban María y Cristina.

—Vamos fuera —dijeron—, que ya hemos pedido el servicio de coches para que nos lleven a Kihei.

Durante el trayecto les expliqué a ellas lo que había visto.

—No entiendo cómo puede gustarle a alguien comer en remojo. ¿Qué incomodo, no?

—Qué ingenua eres, mamá —me dijo María—. No se trata de estar cómodo, se trata de ser *cool*. Estos millonarios ya no saben qué hacer para ser originales.

—Ya veo, tendré que ponerme al día.

—Creo que es un poco tarde para que te pongas al día —dijo María.

—Yo no te veo a ti haciendo esas cosas, eres demasiado normal —añadió Cristina.

—Vaya, ya me estáis diciendo que soy una pueblerina.

—No, mamá, no es eso, es que tú no te mueves en estos ambientes y no conoces lo extravagantes que puede ser esta gente.

Y hablando de unas cosas y otras, antes de que nos diéramos cuenta ya habíamos llegado.

—¿A qué hora los recojo?, señores —nos preguntó el conductor al dejarnos en Kihei.

—Hoy no tiene que recogerlos, volveremos por nuestra cuenta.

—Entonces, *Aloha*, señores, que tengan una feliz tarde.

Nos dirigimos hacia Sugar Beach, queríamos explorar un poco la zona y dar un vistazo al exterior de los apartamentos que habíamos reservado la noche anterior. Las llaves nos las

darían al día siguiente al ocuparlos. En la entrada del recinto había un amplio aparcamiento con acceso directo a la recepción. Los apartamentos, que estaban frente a la playa, eran de una sola planta, aunque no estaban a ras del suelo. Había cuatro escalones que daban a una especie de pequeña terraza con una mesa, cuatro sillas y un balancín. Estaban rodeados de un jardín en el que había algunos gatos y una piscina de medianas dimensiones y poco profunda, adecuada para niños. Todo resultaba muy familiar y, más que un complejo de apartamentos, parecía una comunidad de casitas pareadas por lo que era muy agradable.

—¿Qué os parece? —preguntó María.

—Perfecto, podemos salir del apartamento en bikini, solo con la toalla bajo el brazo.

—¡Y la zona es preciosa!, claro que no es tan *cool* como el Andaz. —dije con sorna.

Rieron con mi irónico comentario, y María no se resistió y acarició a los gatos que, acostumbrados a la gente, eran muy mansos.

—¿Has visto que bonitos son, mamá?

—Son preciosos, un aliciente más con el que no contábamos.

Después de dar un paseo por la playa, dejamos Sugar Beach y nos dirigimos a 1455 South Kihei Road para recoger el todoterreno que la noche anterior María había alquilado *online* y con el que esta noche volveríamos al hotel después de cenar, y mañana nos trasladaríamos con nuestras maletas a los apartamentos.

—Bueno, todo arreglado. Mañana empiezan nuestras vacaciones.

—Y ahora, a cenar.

Nos fuimos al centro, aparcamos el todoterreno cerca de 1279 Kihei Road, donde fuimos a cenar al Coconut's Fish Café, un excelente sitio especializado en fish, tacos⁸ y donde se podía comer pescado y marisco a un precio razonable, dentro de los caros precios de la isla.

Este lugar no tenía nada que ver con Mama's Fish House, la decoración era mucho más sencilla, de ambiente surfista, pero muy agradable. En una pared del comedor, estaba pintado a gran tamaño el logo del restaurante que también lucía en una banderola sobre la

⁸ Tacos de pescado.

puerta del establecimiento. Se trataba de un pan en forma de bocadillo con un pez en medio del que asomaba la cabeza y la cola por los extremos; a la izquierda había una palmera con dos cocos, y a la derecha había un gato blanco y negro, con una caña de pescar cuyo anzuelo estaba cerca de la boca del pez. Sus propietarios lo llaman White and Black Cat⁹. A ambos lados del logo, fotos de surfistas. El resto de las paredes estaba decorado con tablas de surf, remos e infinidad de fotografías de motivos marinos y hawaianos, premios de calidad y gatos, estos animales son muy populares en Hawái.

La parte superior de las paredes estaba pintada con grandes y extraños peces de brillantes colores que formaban una amplia cenefa con el fondo en verde. Las mesas, sin manteles, eran en forma de tablas de surf al igual que los bancos alargados a ambos lados de las mesas. También había mesas más pequeñas con sillas para dos o cuatro personas. Cogimos una mesa para cuatro personas en el interior, cerca de un gran ventanal.

Pues, aunque había mesas fuera, en una ancha acera convertida en terraza, no nos gustaba estar en la calle expuestos a los transeúntes. Era totalmente de noche, a pesar de ser solo las siete de la tarde, allí los días son mucho más cortos, el sol se pone antes de las seis.

Pedimos cuatro platos diferentes con la intención de compartirlos para probarlos todos, María pidió *Mahimahi brown rice*; Michael no arriesgaba y como buen inglés eligió *Fish and chips*; Cristina, *Fresh Yummy Fish Taco* y yo, *Grilled Ono*. Compartimos los platos como de costumbre, y, aunque todos estaban muy buenos para mí, el *Grilled Ono* fue la mejor elección.

Después de cenar, paseamos un rato por el centro de la bonita ciudad para estirar un poco las piernas, antes de coger el coche para volver al hotel. Una vez en el automóvil, como todavía era temprano y al día siguiente María y Cristina no tenían que madrugar, decidimos que antes de regresar al hotel, iríamos hasta Sugar Beach a pasear un rato descalzos sobre la arena mojada.

Al día siguiente, haríamos nuevamente las maletas. Sería nuestro último día en el Andaz. Como María y Cristina, debido al trabajo apenas habían disfrutado de las

⁹ Gato blanco y negro.

instalaciones y de los lujos que el hotel ofrecía, decidimos tomárnoslo con calma. No teníamos ninguna prisa, desayunaríamos tranquilamente y pasaríamos una relajada mañana de playa. Mañana, al no estar sola, no desayunaría en la terraza de la habitación como hacía cada día. Los cuatro compartiríamos juntos el desayuno, en uno de los restaurantes del exterior con vistas al mar. Después iríamos a darnos un refrescante chapuzón en la playa privada del hotel, donde nos haríamos dar un relajante masaje y tomaríamos el sol bajo una palmera, disfrutando un cóctel o algún exquisito combinado de zumos de frutas tropicales. Sería nuestro primer día de vacaciones.